Los nuevos retratos de América: El *Diario de navegación* de Cristóbal Colón y las cartas de viajes y documentos de Américo Vespucio como intertextos de los primeros mapas americanos

RONALD CAMPOS LÓPEZ
Universidad de Costa Rica
Universidad de Valladolid

Resumen
Se analizan, desde la relación texto literario-texto cartográfico, los rasgos simbólicos, representativos e ideológicos inscritos por los cosmógrafos europeos de los siglos XVI Y XVII, en los primeros mapas de América, según su lectura del *Diario de navegación* de Cristóbal Colón, y las cartas de viajes y *documentos* de Américo Vespucio.
Palabras clave: Literatura latinoamericana, relatos de viajes, Cristóbal Colón, Américo Vespucio, intertextualidad, cartografía crítica

Abstract
Symbolic, representative and ideological features, registered in the first maps of America by European Cosmographers of the sixteenth and seventeenth centuries, are analyzed from the literary and the cartographic text, by reading Christopher Columbus's logbook, letters from his trips and Amerigo Vespucci's documents.
Keywords: Latin American literature, travel stories, Christopher Columbus, Amerigo Vespucci, intertextuality, critical cartography

1. LAS DIRECCIONES DEL ENCUENTRO

Al llegar Cristóbal Colón, Américo Vespucio y otros conquistadores a las Indias occidentales-tierras americanas, la sensación ominosa los sedujo y les generó angustias. Lo extremadamente *otro* había sido *hallado*: era esta una región deseada antes que encontrada. Por eso:

> En los momentos que el Nuevo Mundo se dejaba ver, y aún sin identidad propia, fue cubierto de inmediato por gran cantidad de contenidos mitológicos y literarios que en Europa esperaban el encuentro para pasar a investir a la novel tierra; tal fue el acto de bautizo. Lo mejor de la imaginación del Viejo Continente se puso al servicio de una tarea sin precedentes (Luzio, 1979: 13).

En su *Diario de navegación*, así como en la *Carta del descubrimiento* (1493), Colón construye un modelo imaginario del Nuevo Mundo, producto más de la expresión simbólica del proyecto comercial de un mercader, que de las divagaciones de un soñador (Luzio, 1979). Al identificar las tierras e islas occidentales con el extremo oriental de Asia, el Almirante, por un lado, valida sus teorías cosmográficas y se confirma como *elegido de Dios*. Por otra parte, justifica positivamente su empresa comercial, consagra su prestigio ante Luis de Santángel, sus inversores y su compromiso financiero con ellos. Por último, divulga la susodicha *Carta*, con tal de obtener posterior reconocimiento.

Recibido el 09/12/2013 · Publicado el 23/02/2014

Lo fundamental de sus textos es la primera representación del ser americano con los atributos: desnudos, pobres, inermes, generosos, pacíficos, mansos, cobardes… Según Luzio (1979), Colón agrupa rasgos negativos y constituye un tipo de *humano*, el cual revela más la propia ideología de aquel, antes que la verdadera identidad de los pueblos *occidentales*. Las tres primeras características susodichas invierten las cualidades que Marco Polo (2008) enumera en sus relatos sobre los habitantes de Asia oriental. Con estas, el Almirante concluye, el 12 de octubre, su percepción sobre el indio en términos de "buenos servidores" (1962: 50). Además los cataloga de incivilizados y poco agresivos. La aparente incapacidad del indio o falta de deseo por comerciar equivale, dentro del contexto del discurso colombino, a la pérdida de humanidad: el hombre no comerciante se homologa a una bestia (Luzio, 1979). Igualmente, el Almirante asocia la agresividad con el ingenio. Por ello, manifiesta la carencia de esta *virtud* en los habitantes de las Indias, cuando atacaron a los habitantes de la isla de Bohío: "debian tener mas astucia y mejor ingenio los de aquella isla […] para los captivar aquellos, porque eran muy flacos de corazon [sic]" (Colón, 1962: 116); o cuando describe su ausencia de armas y razón: "mas que pues eran armados seria gente de razón [sic]" (Colón, 1962: 99).

Colón evidencia además en su diario refracciones mitológicas en torno a los habitantes de las Indias. Había leído los relatos de Marco Polo (2008) o Juan de Mandeville (2009), los cuales proferían sobre seres fantásticos, que *se hallaban* en las lindes del mundo. Por esto, durante sus labores de conquista, fuerza su mirada y busca a aquellas criaturas. En consecuencia, los antípodas pasarán a ubicarse gráfica e imaginariamente en América, gracias a los posteriores manuscritos, libros de viaje o discursos narrativos y mapas (Luzio, 1979; Pastor, 1983; Fonseca, 1997; Calderón de Cuervo, 2002; Roa de la Carrera, 2002).

Poco a poco, en fin, comienza a construirse en el discurso colombino una equivalencia entre el ser americano y el salvaje, cuyo elemento más significativo resulta la eliminación del componente humano: se comienza a definir al indio como una categoría intermedia entre objetos y animales (Luzio, 1979; Pastor, 1983; Fonseca, 1997).

Por otra parte, mientras el diario del Almirante conmovió el mundo científico, Vespucio, con sus cartas de viajes y documentos, primero, revocó la tesis de aquel al proponer empíricamente que las tierras e islas adonde llegó Colón no eran Asia, sino un continente distinto; y, en segundo lugar, compuso una metatextualidad colonial que funda los textos más representativos y significativos de este período histórico, con base en las "formas discursivas surgidas por los requerimientos de un público en una convergencia histórico-cultural especialísima" (Calderón de Cuervo, 1992: 93), donde el narrador *Vespucio* se posiciona como un ser modesto, aunque su testimonio es la verdad incuestionable y que se convierte en referencialidad para la literatura y teoría cosmográfica de la época. En fin, con sus textos, *Vespucio* se torna autoridad de un marco objetivo-oficial sobre América, aunque recurra a otra ficción literaria, el *Diario de navegación* del Almirante, o a una estructura narrativa (diégesis, canciones, figuras y parlamentos) similar a la del *Libro de las maravillas del mundo* de Marco Polo (Calderón de Cuervo, 1992).

A fin de cuentas, los *leitmotive* de las cartas de Vespucio son la noción de Paraíso terrenal y el tópico del *locus amoenus* centrados en América, el buen salvaje, anotaciones comerciales, lo exótico y lo fabuloso. Tales temas permitieron la articulación de narraciones y paisaje que configuraron las percepciones ideológicas logocéntricas y palimpsésticas en prácticas significantes posteriores (Calderón de Cuervo, 1992, 2002).

Con este breve panorama, obsérvese que las relaciones intertextuales entre los textos culturales medievales, el diario de Colón y las cartas de viajes y navegación de Vespucio configuran un discurso sobre el Nuevo Mundo, no como norma de estilo, sino como un modo particular de posicionarse ante lo desconocido y una literatura sobre el continente americano. Refractando vestigios mitológicos, religiosos, políticos y cosmográficos medievales-re-

ISSN: 1594-378X

nacentistas, el imaginario colombino y los aportes metatextuales de Vespucio nutrieron las producciones cartográfica y alegórica de América de los siglos XVI y XVII, ricas en signos palimptextuales. Dicha hipótesis se justifica en que Colón, Vespucio y los cartógrafos europeos actúan como sujetos culturales, cuya

> carencia de deslinde entre la ficción y la nueva geografía tampoco significó mayor confusión entre los lectores […Por eso se puede afirmar que…] en el principio mismo del continente, Colón escribe las palabras que iban a crear una leyenda y una literatura[, en] el momento en que se buscaban nuevos territorios para viajes, en que el Paraíso era intuido por los cartógrafos (Luzio, 1979: 17 y 19).

Por ende, sirva este análisis exploratorio para identificar algunos textos cartográficos previos y posteriores a la llegada de los españoles a las Indias-América; destacar algunos rasgos ideológicos (concepciones míticas y cristianas, discursos épicos y eurocéntricos, representaciones hiperbólicas, entre otros) respecto de los nuevos espacios, riquezas y pobladores que articulan los textos de ambos navegantes; y comparar los alcances de tales referencias literarias en las producciones culturales, simbólicas y representativas de América: sus primeros retratos o mapas trazados por cartógrafos, que jamás visitaron el continente, sino que se basaron en sus lecturas sobre las lecturas de Colón y Vespucio. Para ello se tomarán en cuenta producciones cartográficas de Juan de la Cosa (1500), Martín Waldseemüller (1507), Battista Agnese (1520, 1553), Johannes Schöner (1515, 1520), Sebastián Münster (1546), Gerard Mercator (1538, 1569), Abraham Ortelius (1602), entre otros.

2. LAS TRES CARABELAS CONCEPTUALES

2.1. "Ideología" según Mijaíl Bajtín

Bajtín considera todo signo lingüístico como ideologema o signo ideológico, es decir, un juego abierto de enunciaciones y voces; por ende, resulta dialógico ya que, motivado por las fronteras dialécticas de lo social y lo individual, gesta y expresa su dialogía en un texto literario o cultural. Esta capacidad del signo lingüístico le permite trascender permanentemente desde el *ser* hasta el *otro*, hasta otras conciencias: la palabra ajena dentro de nuevos contextos autoriales. En consecuencia, toda forma de enunciado permite pensar, sentir y vivir la realidad. Así, la palabra está viva, nace en el interior del diálogo como respuesta, réplica, reflexión y refracción ideológica. Dicha interacción dialógica se da entre las palabras ajenas en el interior de los enunciados.

Todo signo verbal, pues, se comporta como campo de luchas de los lenguajes, porque el ámbito de los lenguajes es un espacio social. La ley del lenguaje es la lucha por el signo que representa y comprime puntos de vista sobre el mundo, formas de conceptualizar las experiencias sociales, cada una marcada por tonalidades, entonaciones, valores, verdades y significados diferentes. La lucha sígnica es el enfrentamiento de fuerzas sociales. De ahí que:

> todos los productos de creatividad ideológica —obras de arte, trabajos científicos, símbolos y ritos religiosos— representan objetos materiales, partes de la realidad que circundan al hombre […] no tienen existencia concreta sino mediante el trabajo sobre algún tipo de material […] únicamente llegan a ser una realidad ideológica al plasmarse mediante las palabras, las acciones, la vestimenta, la conducta y la organización de los

ISSN: 1594-378X

> hombres y de las cosas, en una palabra mediante un material sígnico determinado (Bajtín, 1994: 46).

Dicho de otra manera, todo material ideológico debe materializarse, dado que expresa y condensa a los seres culturales que lo han producido. Adquiere y posee significación, sentido y valor intrínseco "en la relación social de la comprensión, esto es, en la unión y en la coordinación recíproca de la colectividad ante un signo determinado" (Bajtín, 1994: 48). Por esto, ningún material ideológico puede estudiarse fuera de su proceso social de producción (y de recepción) que le aporta su sentido de totalidad. En fin, un discurso cultural vive en contacto con otros textos o más bien se desata en otras modalidades textuales.

Con base en lo anterior, se puede afirmar que toda forma literaria constituye un fenómeno social ideológico; lo medular es la *comprensión* del conjunto en su misma diversidad, su heteroglosia. Dicha expresión se articula en zonas de creatividad ideológica, las cuales evidencian su horizonte ideológico o totalidad axiológica. Por ello, todos los factores culturales y sociales están en juego; todo es reflejado y refractado en las respectivas modalidades textuales pertenecientes a específicos horizontes ideológicos:

> en realidad, toda obra artística, lo mismo que cualquier producto ideológico, es resultado de la comunicación. Lo importante en este producto no son los estados individuales psíquicamente subjetivos que origina, sino los vínculos sociales, la interacción de muchas personas que establece […] el medio ideológico siempre se da en un vivo devenir ideológico; en él siempre existen contradicciones que se superan y vuelven a surgir. Empero, para cada colectividad determinada y en cada época de su desarrollo histórico, ese medio representa una singular y unificada totalidad concreta, abarcando en una síntesis viviente e inmediata a la ciencia, el arte, la moral, así como otras ideologías (Bajtín, 1994: 51 y 55).

En conclusión, para los intereses intertextuales del presente estudio, el *Diario de navegación*, las cartas de navegación y documentos, los primeros mapas sobre América y la inflexión de la interpretación de los discursos culturales medievales-renacentistas navegarán entre los horizontes ideológicos de cada ideologema de la época y las resonancias de los textos literarios y cartográficos con su axiología de referencia. La compresión del material sígnico-ideológico solo es posible por medio de otros signos-ideológicos en el territorio interindividual de significación y valoración. Por consiguiente, el signo aparece como una capacidad neutral de acumulación de los procesos sociales y, así, se convierte en signo social: "la palabra acompaña como un ingrediente necesario, a toda la creación ideológica en general" (Bajtín, 1992: 39). Todo acto discursivo (diarios, cartas y documentos de navegación, mapas) se expresa en el exterior, en el intercambio, que responde a específicas formas de interacción y fuerzas sociales (discursivas, dialógicas, ideológicas), las cuales lo sostienen. Todo signo ideológico es contradictorio, mas su polisemia se pluriacentúa acorde con el horizonte axiológico correspondido.

2.2. Intertextualidad

Se comprenderá el término *texto* como "codificación plural (equivalente a la polifonía textual bajtiniana) […] como creador de mundos" (Martínez, 2001: 20). Debido a que cada discurso genera su enunciación y contexto propios (Lozano, Peña-Marín y Abril, 1982), cada texto puede identificarse estructural y funcionalmente con el discurso desde donde se enuncia. De ahí que el "intercambio, la interacción, da al texto el carácter dialógico que propuso Bajtín y del que deriva el concepto mismo de «intertextualidad»" (Martínez, 1982: 21).

ISSN: 1594-378X

Abórdese, a continuación, este concepto desde el punto de vista de Kristeva (1969, 1978), Sarduy (1977), Todorov (1981) y Amoretti (1996).

Kristeva retoma la noción dialógica de Bajtín, sustituyendo el término *dialogismo* por *intertextualidad* y lo define como: "Tout texte se construit comme une mosaïque de citations, tout texte est absorption et transformation d'un autre texte. À la place de la notion d'intersubjectivité s'installe celle d'*intertextualité*, et le langage poétique se lit, au moins, comme *double*" (1969: 145-146). Apoyado en dicho aserto, Sarduy dirá que se trata de "la incorporación de un texto extranjero al texto, es *collage* o superposición a la superficie del mismo, forma elemental del diálogo, sin que por ello ninguno de sus elementos se modifiquen, sin que su voz se altere" (1977: 177).

Kristeva considera asimismo que la palabra no es un punto fijo, "sino un *cruce de superficies* textuales, un diálogo de varias escrituras: del escritor, del destinatario (o del personaje), del contexto cultural anterior o actual" (1978: 188). Para ella, por consiguiente: "la palabra (el texto) es un cruce de palabras (de textos) en que se lee al menos otra palabra (texto)" (1978: 190).

A partir de su lectura de estos principios, Amoretti propone que la intertextualidad es la base de la generación del texto en que se implica la superposición y la intersección de un material textual al mismo tiempo leído y escrito y, por lo tanto, reescrito. De este modo, el trabajo de producción textual disloca la lengua y propone un orden móvil y combinatorio. Ello es lo observable entre el material textual del diario, las cartas y documentos de navegación respecto de los primeros mapas de América. Dice Amoretti: "Así, la intertextualidad es un discurso a dos voces: las del antes y el ahora, las del tú y del yo, la del aquel y de este, la de allá y aquí, la de tu verdad y la mía" (1996: 10).

Todorov sintetiza la noción del dialogismo bajtiniano como: "Dos obras verbales, dos enunciados, yuxtapuestos el uno al otro entran en una especie particular de relaciones semánticas que nosotros llamamos dialógicas" (1981: 7). Se basa principalmente en el hecho de que un ser no puede concebirse a sí mismo sin las relaciones que mantendría con el otro. Este último juega un papel preponderante en la formación de la conciencia individual, pues completa la visión y concepción del ser. De ahí "se refiere al hecho de que todo texto es una conjunción de voces. Coincide también con la idea de la interacción de los diversos discursos que conforman un texto" (Amoretti, 1992: 34). Por tanto, se establece que: "El enunciado presente es percibido como la manifestación de una concepción del mundo; el enunciado ausente, como la manifestación de otra; es entre aquellos que se establece de hecho el diálogo" (Montanaro, 1988: 12).

En fin, como afirma Todorov (1981), la relación dialógica es fundamental en todo acto de habla cotidiano; por ende, la doctrina bajtiniana trasciende el análisis del discurso literario. Aquel defiende que este dialogismo puede aplicarse a cualquier manifestación cultural o práctica significante (mapas, diario, cartas o documentos de navegación), pues permite establecer una epistemología de las ciencias humanas, la teoría del lenguaje, la historia de la literatura y la interpretación de la cultura.

2.3. Cartografía crítica

Los mapas son creaciones artísticas, pero al mismo tiempo documentos históricos y sociológicos (Raisz, 1974; Granados y Bedoya, 1998). La cartografía se ha entendido como el arte-ciencia del trazado de tales documentos, tramitados como programadores de lectura del mundo concreto circundante (Raisz, 1974).

Durante la década de 1970, la cartografía crítica apareció y estudia los rastros ideológicos de todos aquellos elementos (símbolos, técnicas y diseños, líneas y colores, entre otros) que por años se pensó eran simple ornamentación en estos textos simbólicos. Se encar-

ISSN: 1594-378X

ga, pues, de decodificar estos rasgos axiológicos e interpretar la visión de la realidad de quienes los confeccionaron, así como la visión (grecorromana, eurocéntrica, cristiana, mitológica, monstruosa, siniestra…) que desearon transmitir consciente o inconscientemente.

De acuerdo con el concepto de dialogismo bajtiniano, se puede asegurar que un mapa se asume como un texto cultural donde se cruzan diversos ideologemas, los cuales expresan y condensan un horizonte axiológico de producción, que responde a las fuerzas sociales en competencia. En otras palabras, un mapa es un programador de lectura en tanto ostenta y oculta una cosmovisión específica del mundo que se desea aprehender. Al respecto enuncian Granados y Bedoya:

> el mapa es, simultáneamente, representación y ocultamiento. Es una lectura selectiva del entorno, que da cabida en el papel solo a los elementos relevantes de la realidad. ¿Relevantes para quién?, cabría preguntarse. Para el cartógrafo por supuesto, pero más frecuentemente para aquellos que disponen de los recursos para contratar los servicios del cartógrafo. El mapa, por lo tanto, a despecho de su pretendida neutralidad, es un ejercicio del poder: el poder de representar; el poder de ocultar, el poder de contratar […] como lectura selectiva. El mapa es al mismo tiempo, representación y creación de la realidad, verdad y fantasía. Ora más realidad, ora más fantasía. Pero hasta las fantasías más vehementes parecen ciertas en el mapa (1998: 3).

Siguiendo este derrotero, sintetícese que todo mapa determina qué *existe*, cómo *es* y dónde *está*. Siempre sujeto a intenciones, nunca desprovisto de valores, un texto-mapa inventa mundos, materializa y cautiva la imaginación.

Por su parte, la producción cartográfica sobre América habla de un plural. Cada representación cartográfica del continente es distinta, es una América vista y deseada por otra mirada. Sobre esto llama la atención Fonseca:

> el bautismo de nuestro continente nos lleva a enfrentar, por una parte, el hecho de que no tenemos existencia como totalidad, sino desde la mirada y el deseo del otro y por otra, que el decir América es un decir condenado por la presencia ausente de la alteridad. Decir América es decir el otro, el ojo que la ve, decir América es decir "tierra de". En consecuencia, decir América es no decirla, es negarla en una situación de poder que se manifiesta como un sentido de pertenencia del veedor en relación con el mirado (1997: 9).

En síntesis, el diario de Colón, las cartas y documentos de Vespucio son escrituras-lecturas intertextuales del conquistador, del ser hegemónico desde afuera, desde su imaginario cultural; de su mirada que encuentra y oculta, y se remirará en los símbolos, colores, diseños y ornamentos: las materialidades textuales de los primeros mapas de América.

3. ¡HABEMUS MUNDUS!

3.1. Sobre algunas manifestaciones cartográficas previas y posteriores a la llegada de los españoles a las Indias occidentales

Durante la Edad Media el cartógrafo, siempre con un sentido cristiano de lo sobrenatural, representó el mundo mientras lo interpretaba, concentrado en una idea expresionista y simbólica de profundo significado artístico.

El contenido ecuménico grecorromano fue representado en el mapamundi circular *Orbis terrarum* de Marco Agrippa, trazado por encargo del emperador Octavio Augusto, entre

ISSN: 1594-378X

27 y 12 a.C. (Montaña, 2005). Dicho texto origina más esquemáticamente el *Mapa de la rueda* o *Mapa de la T en la O*, de San Isidoro de Sevilla. En este, Asia ocupa la mitad superior de la O; Europa y África, las partes inferiores. La repartición de los continentes se delimitó según la referencia bíblica de la maldición de Noé, cuando exilió a sus tres hijos hacia tres direcciones: con rumbo a Asia marchó Sem; a Europa, Lafeth; y a África, Cham. El criterio distributivo no exonera que Asia sea representada proporcionalmente a su tamaño real, ya que este continente aparece en posición de mayor importancia —leyendo el mapa de arriba abajo— por ser el principal exportador de especias, telas y minerales; poseedor de rutas comerciales y botines de la época. No en vano el objetivo de Colón era llegar a las Indias.

Figura 1. *Orbis terrarum*, siglo I a.C.

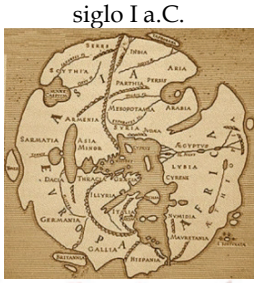
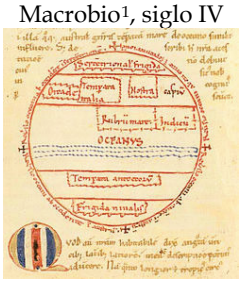


Figura 2. *Mapa de T en O*, siglo XV



Figura 3. Ejemplo de cartograma de Macrobio[1], siglo IV



Revista de lenguas y literaturas Iberias y latinoamericanas

Existió otro tipo de mapa fundado en la esfericidad de la Tierra. Aunque estos textos se conservaron como cartogramas simplificados (los llamados mapas de Macrobio), mantuvieron el conocimiento de la superficie terrestre y la división clásica de las zonas ideadas por los griegos. Se produjeron aproximadamente 600 entre el siglo VII y mediados del XV. En su mayoría son sencillos y siguen la estructura del *Mapa de T en O*.

Hay, empero, mapas medievales que, aunque adscritos al susodicho diseño clásico, se distinguen por su riqueza de detalles; verbigracia: los de Hereford y de Ebstorf. Ambos tienen amplias dimensiones (el de Hereford mide 1,5 m de diámetro; y el de Ebstorf, 4 m) y están confeccionados con base en iconografías y simbolismos cristianos. El primero posee dibujos del arca de Noé, la torre de Babel; así como ilustraciones no bíblicas: una tira estrecha de tierra alrededor del borde meridional de África, llena de sátiros, grifos y antípodas. Se observa la figura de Jesucristo pantocrátor en la parte superior del disco, quien muestra majestuosidad en el día del Juicio. El Paraíso terrenal se ubica en Asia; Europa y África aparecen apartadas por las míticas columnas de Hércules. Jerusalén se encuentra en el centro del círculo, pues corresponde al *omphalos* del mundo según el texto bíblico. Como particularidad, este mapa patrocina la forma del mundo como una pera (visto desde arriba), donde en la parte alta y angosta que la sostiene al árbol se ubica Jerusalén, mientras las lindes o final del mundo corresponden a aquellas tierras más cercanas a la circunferencia mayor, lugares donde se encontraban los antípodas[2]. En el mapa de Ebstorf varía el simbolismo general. El mundo es-

[1] Macrobio (1952) muestra en este cartograma el norte como la zona habitada de la Tierra, apartada del sur —por un océano imaginario ecuatorial—, donde habitan, según la cultura medieval, los antípodas.

[2] El término *antípoda*, procedente de la voz griega ἀντίποδες, denota, en el discurso geográfico, a cualquier sitio o habitante del globo terrestre con respecto a otro que se ubique o more en un punto de la superficie diametralmente opuesto (RAE, 2001); *id est*, contrario a la ecúmene: Europa, Asia y África (véanse figuras 1, 2 y 3), cuando prima la noción de la esfericidad de la Tierra, y el cristianismo toma la geografía grecorromana y sintetiza la cultura pagana y la tradición judeocristiana (Vignolo, s.f.). Desde los escritos de Plinio el Viejo llega hasta la Edad Media la noción de *razas plinianas*: "La etnografía mítica cumulaba los nombres de gente exótica, abandonándose casi sin reservas a la magia del catálogo, a una taxonomía fantástica próxima al delirio nominalístico —de los sciapodas a los megacephalos, de los monóculos a los steganopodes, de los pigmeos a los cinocephalos— y se difundía en detalles sobre las curiosidades de su conformación física, de sus sociedades y de sus costumbres" (Moretti, 1994, citado en Vignolo, s.f.: 4). El término denotará a *seres monstruosos* con mucha mayor fuerza semántica, desde

ISSN: 1594-378X

tá representado como el cuerpo de Cristo: la cabeza (se ubica el Paraíso, sitiado por una muralla de fuego), las manos con llagas (apuntan al norte y sur) y los pies (próximos a las míticas columnas de Hércules) sobresalen fuera del marco circular del mapa.

Figura 4. Mapa de Hereford, salterio del siglo XIV



Figura 5. Detalle de antípodas en el mapa de Hereford



Figura 6. Los antípodas según las *Crónicas de Nuremberg*, de Schedel (1493)



Figura 7. Mapa de Ebstorf, siglo XIV



También se produjeron las cartas portulanas, ideadas por almirantes y capitanes de la flota genovesa en la segunda mitad del siglo XIII. Dichas cartas fueron un nuevo tipo de mapa con mejor exactitud que los anteriores textos. Se caracterizan por el minucioso sistema de rosas de los vientos y rumbos entremezclados. Su rotulación se reduce a los puertos, cabos y detalles de costas. Las superficies continentales aparecen en blanco o adornadas con escudos de armas, banderas y retratos de reyes. A veces muestran algunos ríos y ciertas ciudades. Un ejemplo significativo de estas cartas medievales es el *Atlas* de Cresques (1375). Asimismo, se confeccionaron y utilizaron durante la Edad Moderna; un ejemplo de ellas es la *Carta de navegación* de Reis (1502).

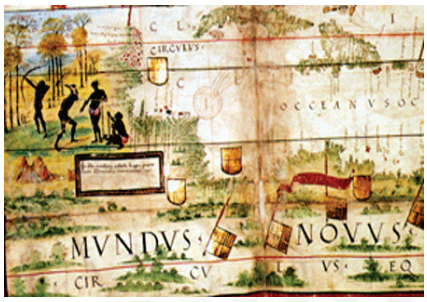
Figura 8. Detalle del Mediterráneo en el *Atlas* de Cresques (1375)



Figura 9. *Carta de navegación* de Piri Reis (1502)



Figura 10. Detalle de una carta portulana sobre el *Mundus Novus* (1519)



La cartografía del Renacimiento se distingue, primero, por el hallazgo de la *Geographia* de Ptolomeo, con la cual los cartógrafos desearon cohonestar los descubrimientos del momento; segundo, la invención de la imprenta y el grabado, pues con estas se reprodujeron copias de una sola plancha y el precio de los mapas bajó; y, tercero, la creación de la brújula, el perfeccionamiento de los barcos de vela, sobre todo el *karak* flamenco y la carabela portuguesa.

el momento cuando San Agustín, asombrado, describa a los habitantes de Cartago. Tal acepción llegará hasta el siglo XV, e incluirá a entes extraordinarios y aquellos con malformaciones físicas (Vignolo, s.f.).

http://www.ojs.unito.it/index.php/artifara
ISSN: 1594-378X

En el mapamundi de Schedel (1493), la repartición representativa de los continentes aparece proporcionalmente más verosímil respecto de las dimensiones reales, aunque todavía no existe para el hombre medieval-moderno la noción de las tierras americanas. Uno de los rasgos ideológicos llamativos de este mapa es la representación de los vientos, pues para la época resultaba necesario conocer sus direcciones en el plano de los mares, con tal de alcanzar navegaciones exitosas y aprovechar las rutas comerciales marítimas hacia cualquier punto específico, en especial a Asia.

Figura 11. Mapamundi de Schedel[3] (1493)



En 1492, Behaim da a conocer su *Erdapfel*: un globo terráqueo cuya idea del mundo se acerca a la imaginada por el papa Sixto IV en 1475. Aquel se basa también en las narraciones de Marco Polo (2008). No obstante, su globo presenta mediciones incorrectas, de modo que África occidental, por ejemplo, dista de su ubicación real; Cabo Verde, más al norte; Cipango (nombre de Japón durante las edades Media y Moderna), a 1500 kilómetros de la costa asiática; asimismo se visualizan múltiples islas, inclusive mitológicas, en el Atlántico de Asia, las cuales son las llamadas Indias occidentales de Colón.

Figura 12. Hemisferio oriental del *Erdapfel* de Behaim (1492)



Figura 13. Representación del hemisferio oriental del *Erdapfel* de Behaim (1492)

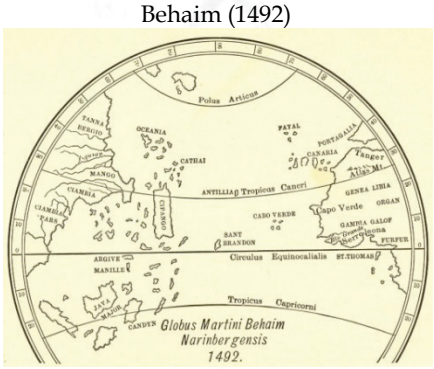


Figura 14. Hemisferio occidental del *Erdapfel* de Behaim (1492)



¿Pero cuándo llega a tener un lugar América en los mapas de esta época?

América, esa *Quarta Orbis Pars*, aparece por primera vez en el mapamundi confeccionado por Juan de la Cosa en 1500, *a posteriori* de acompañar a Colón en su primer viaje. Con base en sus observaciones producto de su participación en viajes (dos o tres con Colón y dos con Ojeda), los descubrimientos de Vespucio y Sebastián Caboto, y datos de Marco Polo y cartas portulanas (Museo Naval, s.f.), por encargo del obispo Juan Rodríguez de Fonseca, trazó en dos pergaminos para los Reyes Católicos las masas americanas del norte (faltan la península de la Florida y Yucatán, así como el golfo de México) y sur, unidas por un posible paso marítimo en América Central (sugiere tal hecho al entrecubrir dichas tierras con una efigie de san Cristóbal), idea expresa por Colón; define accidentes costeros y las Antillas, aun Cuba, a pesar de la creencia de Colón; incorpora topónimos de ciudades y puertos, indica la red de rumbos como guía para la navegación con brújula; como en el mapa de Schedel (1493), representa los vientos de manera antropomórfica. América aparece en color verde en

[3] Obsérvense además en este mapa detalles de los antípodas.

ISSN: 1594-378X

el extremo superior, de modo que sugiere la posibilidad de que un continente. Los bordes de Europa, África y Asia aparecen bien delineados; usa motivos religiosos y mitológicos.

No obstante, en esta carta no aparece el nombre *América*, neologismo femenino (como *Europa* y *Asia* son sustantivos propios femeninos, también *América* debía serlo) que le otorga el descubrimiento del continente a Vespucio. Dicho nombre no fue aceptado durante mucho tiempo, hasta que Marcador (1569) llamó así la parte septentrional del continente.

En el mapamundi de Waldseemüller (1507), por otra parte, aparece sobre América la leyenda: "Tota ista provincia inventa est per mandatum regis Castelle". En latín, el infinitivo *invenire* denota dos acepciones: *descubrir* e *inventar*. Ambas pueden ser leídas en el contexto de la Conquista, en tanto América *es descubierta* —resáltese el valor de la voz pasiva en la perífrasis verbal "inventa est"— físicamente por los peninsulares e *inventada*, asimismo, con base en los discursos religiosos, políticos, económicos, jurídicos, literarios y míticos, hasta el punto de convertirse en el espacio de materialización y ficción de las grandes ideas y valores épicos, las ambiciones, temores y evolución del pensamiento del ser humano occidental.

Figura 15. Mapamundi de la Cosa (1500)



Figura 16. Mapamundi de Waldseemüller (1507)

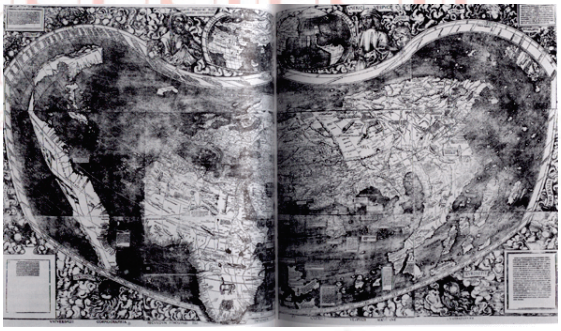
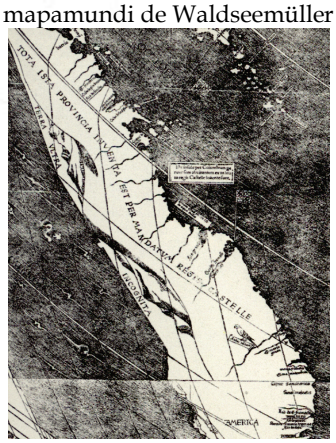


Figura 17. Detalle de la inscripción sobre América en el mapamundi de Waldseemüller



Schöner fue el constructor de globos terráqueos por excelencia de la época. En uno de 1515 y otro de 1520 se observa un estrecho mínimo entre Sudamérica y la Antártica, antes de que Magallanes compruebe lo contrario. Su mapa de América se encuentra decorados con iconografías referentes a aves, carabelas, canoas, utensilios de cocina, plumajes, vestuarios, peces y monstruos marinos. La diferenciación de las tierras por colores, posiblemente, obedece a la segmentación política inicial, en donde el color verde remite a la Capitanía General de Guatemala o Nueva España; el rojo, al sur de las tierras cedidas a la Corona portuguesa y al norte a las incipientes Trece Colonias y comunidades francesas; mientras el amarillo demarca potencialmente la capitanía General de Nueva Granada.

Figura 18. *América* de Schöner (1515-1517)



Figura 19. Detalle de aves en el mapa de Schöner



Figura 20. Criaturas marinas y embarcaciones, mapa de Schöner



http://www.ojs.unito.it/index.php/artifara
ISSN: 1594-378X

Figura 21. Detalle de *modus vivendi* de los americanos, en el mapa de Schöner



En el detalle de su *Atlas*, Miller (1519) presenta iconografías relativas al *modus vivendi* de los americanos brasileños (vestuario, armas, herramientas cotidianas) y patagones, los árboles como metonimia de las extensas selvas de esta zona, ríos, animales terrestres (inclusive con rostro humano, véase el mamífero sito a la derecha del ave azul), pájaros y monstruos como dragones (en la parte inferior izquierda de la figura 14). Estas tierras aparecen como parte de la Corona portuguesa.

Figura 22. Detalle del *Atlas* de Miller (1519)



Figura 23. Detalle de animales en el *Atlas* de Miller



Figura 24. Detalle de labores cotidianas y vestuario de los americanos en el *Atlas* de Miller



Agnese (1520) fue de los primeros en dibujar correctamente el contorno de Baja California y trazar claramente la ruta de Magallanes a través de la Tierra de Fuego y otras latitudes. Su mapa presenta íconos de los diferentes vientos al igual que Schedel (1493), pero más amplio en su repertorio, adjuntando el motivo del color blanco para aquellos vientos nórdicos, menos claros a los tropicales, hasta representar los australes con color negro; ello conlleva una lectura de los estratos de dominación social, política, étnica y económica de la época tanto en Europa como en las nuevas tierras conquistadas. Otro de sus aciertos es la precisión con que traza el relieve montañoso americano y la ubicación geográfica de razas como los patagones (1553).

Figura 25. Mapamundi de Agnese (1520)



Figura 26. Detalle del mapamundi de Agnese (1520)



Figura 27. *América del Sur* de Agnese (1553)



Figura 28. Detalles del mapa de Agnese (1553)



El mapamundi de Huttich y Grynaeus (1537) es uno de los más ideológicamente cargados. En este se caracteriza cada uno de los cuatro puntos cardinales del orbe y se destacan elementos representativos de cada continente. En el caso americano, se eligen los motivos del canibalismo y lo monstruoso; el contorno de América aparece irregularmente trazado, considerando las previas elaboraciones cartográficas de la época.

Figura 29. Mapamundi de Huttich y Grynaeus (1537)



Figura 30. Detalle del canibalismo americano en el mapamundi de Huttich y Grynaeus

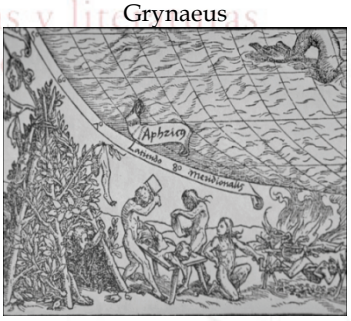


Figura 31. Detalle de monstruo marino en el mapamundi de Huttich y Grynaeus



Münster (1546) conformó la *Cosmografía* más voluminosa, la fuente capital de información durante medio siglo. Sus mapas están grabados en madera y los textos, abundantes, son leyendas fabulosas, las cuales difundieron los conocimientos geográficos y étnicos de los lugares de donde procedían; por ejemplo: las zonas septentrionales, centrales y australes, los motivos sobre las selvas y riquezas minerales o el canibalismo en América.

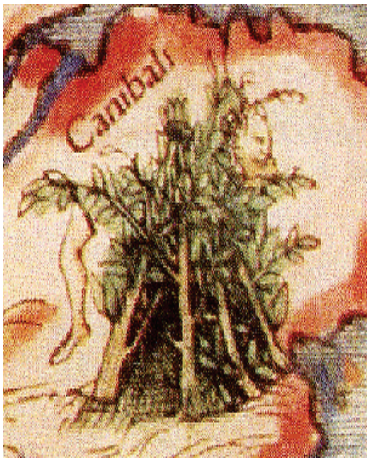
Figura 32. *Novae insulae* de Münster (1546)



Figura 33. Detalle de zonas boscosas y áureas en el mapa de Münster



Figura 34. Detalle del canibalismo en América del Sur (Münster, 1546)



http://www.ojs.unito.it/index.php/artifara
ISSN: 1594-378X

Varia de la información de Colón, Vespucio y otros europeos, así como de los mapas de América esbozados hasta el momento, sirvió de fuentes para historiadores e ilustradores. Sirvan los casos de Lorenz Fries y Teodoro de Bry; ellos enfatizan uno de los motivos más reiterados en los textos de Huttich y Grynaeus (1537) y Münster (1546): el canibalismo.

Figura 35. Ilustración sobre el canibalismo americano, de Teodoro de Bry (siglo XVI)



Figura 36. Ilustración de Lorenz Fries sobre el canibalismo para una carta portulana (siglo XVI)



Mercator, padre de la cartografía holandesa, construyó globos terráqueos e instrumentos en la misma época en la que esbozó mapas. Liberó la cosmografía de la influencia de Ptolomeo e ideó una proyección de paralelos horizontales y meridianos verticales para su mapamundi en 1569. En este, se encuentran representaciones del relieve americano, armas y rasgos del *modus vivendi* de los habitantes, monstruos marinos, canoas y carabelas, animales terrestres, división por colores de las zonas políticas coloniales (similares al mapa de Schöner).

Figura 37. *America Meridionalis* de Mercator (1605)



Figura 38. Detallesobre Cuzco en el mapa de Mercator

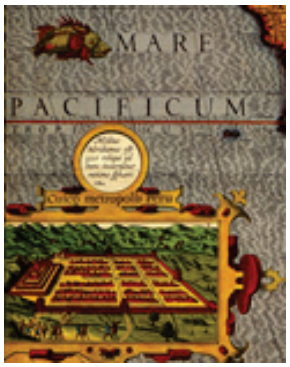


Figura 39. Detalle de América del Sur en un mapa de Mercator (1569)

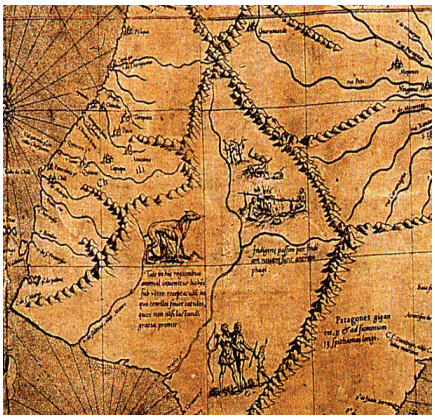
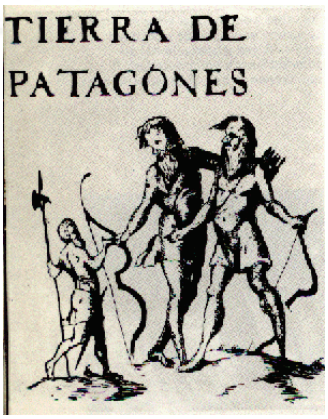


Figura 40. Ilustración de patagones según Mercator



En su *Orbis terrarum typus de integro multis in locis emendatus*, Plancio (1594) representa un espacio físico natural americano particular, cargado de figuras, entre ellas la mujer desnuda y guerrera en primer plano, así como vivienda, productos alimenticios, armas, animales salvajes y otros particulares vistos desde referentes europeos. Destaca la cultura mexicana, peruana y magallánica.

Figura 41. *Orbis terrarum typus de integro multis in locis emendatus*, Plancio (1594)

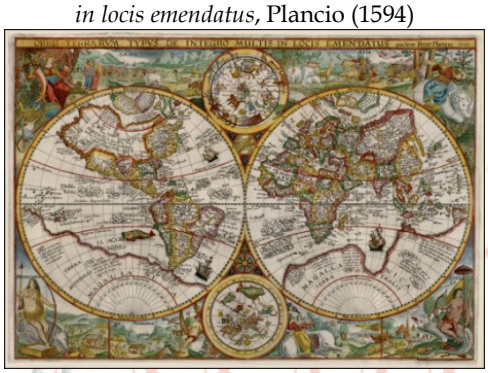


Figura 42. Detalle de alegoría de la cultura mexicana y peruana en el mapamundi de Plancio



Figura 43. Ilustración sobre la mujer americana, según Plancio (1594)



Figura 44. Detalle de alegoría de la cultura magallánica en el mapamundi de Plancio



Ortelius, por influencia de Mercator, publica en 1602 su *Theatrum Orbis Terrarum*, considerado el primer atlas moderno del mundo. Su alegoría propone el mundo como teatro, donde Europa ocupa el plano superior, pues es la voz portadora e iluminadora del *otro* en cuanto conocimiento, poder, civilización, modernidad y humanismo. En un mismo plano secundario se encuentran Asia y África, la primera vestida con trajes de telas exóticas y finas, mientras la segunda semidesnuda. En un plano inferior, tendida sobre el suelo, América aparece completamente desnuda, con un arco y una flecha, en pose guerrera, fuerte, sensual y activa. En 1607, Mercator presenta una alegoría de los continentes en su *Atlas*; en esta aparecen la América mexicana y África en la parte superior externa del frontispicio; mientras las Américas peruana y magallánica, en el sector inferior, por debajo de Europa y Asia. Se establece así una distinción de las culturas americanas, de modo que la mexicana resulta más imponente por su poderío bélico y agresividad, virtudes que Colón consideraba pertinentes del hombre civilizado.

Figura 45. *Theatrum Orbis Terrarum*, Ortelius (1570)



Figura 46. Alegoría de los continentes, *Atlas* de Mercator (1607)



http://www.ojs.unito.it/index.php/artifara
ISSN: 1594-378X

Por último, en el mapamundi de Jansson (1647-1662) y la *Alegoría* de Blaue (1662), América es representada igualmente desnuda y guerrera, pero esta vez ya no solitaria en un plano inferior, sino en el mismo nivel que África, aunque siempre dominadas y esclavizadas por Europa; mientras Asia goza de su prestigio exótico, comercial y estético. El mapa de Jansson alcanza una presentación y expresión extravagantes y armoniosas respecto de las tierras, mares, rotulados y decoraciones. Asimismo, la *Alegoría de América* de Dell'Aqua del siglo XIX demuestra las proyecciones o perduración de los elementos más significativos de los discursos épicos, coloniales y cartográficos americanos. Entre tales se observan el sacerdote católico con el mundo en sus manos, como símbolo del triunfo del catolicismo en occidente; la América rica en especias y ofrecedora de uno de los mayores tesoros alimenticio, cultural y mitológico: el maíz; las plumas, la blanca mujer amazona, el varón de piel morena; el americano rendido a los pies del conquistador, quien sostiene la espada como símbolo de poder bélico y destructor-constructor (Chevalier y Gheerbrant, 1988) del paraíso americano. Para este momento, los contornos geográficos del continente se encuentran mayormente definidos en relación con las dimensiones reales.

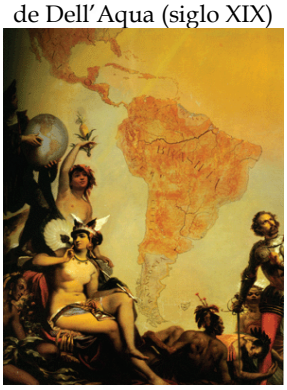
Figura 47. Detalle del mapamundi de Jansson (1647-1662)



Figura 48. Alegoría de los continentes de Blaue (1662)



Figura 49. Alegoría de América de Dell'Aqua (siglo XIX)



3.2. Sobre algunos rasgos ideológicos presentes en los mapas americanos a partir de la lectura de los textos de Colón y Vespucio

Seguidamente, se identificarán y compararán algunos rastros ideológicos de los textos de los navegantes, inscritos en representaciones simbólico-cartográficas de América, pertenecientes a los períodos del Descubrimiento, Conquista y Colonización. Ha de seguirse el orden de los elementos descritos por Colón, a medida que se acerca a tierra firme durante sus cuatro viajes, y los hallazgos que Vespucio, *el* hombre empírico, seleccionará como los más valiosos y significativos, para crear *la* verdad sobre un ambiente panorámico narrado.

Comiéncese con la biodiversidad, pues el paradigma bestiario abarca criaturas marinas, aéreas, terrestres y míticas.

Primeramente, se escriben múltiples referencias sobre los pájaros marinos y costeros. Gracias a su presencia, Colón va calculando cuán cerca o lejos se encuentra de tierra firme. Él y Vespucio manifiestan una actitud contemplativa y de asombro frente a las muchas clases de aves, sobre todo sobre sus trinos y colores de sus plumajes (véase figura 23). Comprenden que estos animales son tesoros dentro de la cosmología mitológica de los americanos, o bien sus plumas sirven como ornamento social y religioso. En la parte inferior izquierda del mapa de Schöner (véase figura 19), se observan representaciones del loro, espécimen nativo de América, y la gaviota: estas fueron las primeras en atisbarse como parte exótica del nuevo paisaje narrado por Colón y Vespucio: "el cantar de los pajaritos que parece que el hombre nunca se querria partir de aquí, y las manadas de los papagayos que ascurecen el sol; y aves y pajaritos de tantas maneras y tan diversas de las nuestras que es maravilla" (Colón, 1962:

ISSN: 1594-378X

66-67); "Vieron aves de muchas maneras diversas de las de España, salvo perdices y ruiseñores que cantaban, y ánsares, y desto hay allí harto" (Colón, 1962: 85); "Es tan extraordinaria la abundancia de aves de diversas figuras, colores y plumas, que causa admiración verlas y contarlo" (Vespucio, 1923: 57); véase también:

> Tomaron un pájaro con la mano que era como un garjao; era pájaro de rio y no de mar, los pies tenia como gaviota: vinieron al navío en amanecido dos ó tres pajaritos de tierra cantando, y despues antes del sol salido desaparecieron; despues vino un alcatraz, venia del Ouesnorueste, iba al Sureste, que era señal que dejaba la tierra al Ouesnorueste, porque estas aves duermen en tierra y por la mañana van á la mar á buscar su vida, y no se alejan veinte leguas. (Colón, 1962: 37)

> Vieron un ave que se llama *rabiforcado*, que hace gomitar á los alcatrazes lo que comen para comerlo ella, y no se mantiene de otra cosa: es ave de mar, pero no posa en la mar ni se aparta de tierra veinte leguas, hay de estas muchas en las islas de Cabo Verde: despues vieron dos alcatraces: los aires eran muy dulces y sabrosos, que diz que no faltaban sino oir al ruiseñor, y la mar llana como un rio: parecieron despues en tres veces tres alcatrazes y un forcado […] (Colón, 1962: 41)

Revista de lenguas y literaturas ibéricas y latinoamericanas

Los íconos de los peces recogen aspectos de lo monstruoso y agresivo, aunque ninguno de los dos navegantes así haya descrito a estos animales. Sin embargo, nótese cómo los discursos dialogan y proponen una visión monstruosa de todo animal marino, vinculándolo con lo desconocido y lo pertinente a un ambiente turbio, violento y mortal como el mar, producto de una "exploitation littéraire […] d'un système symbolique hérité de la tradition gréco-latine" (Balavoine, 2009: 68), principalmente en zonas específicas del Atlántico (véanse figuras 20 y 31) y Pacífico sur (véanse figuras 20 y 38). En ocasiones, el tamaño hiperbólico de los peces podrían connotar la abundancia de especies y cantidad de cardúmenes (véase parte superior derecha de figura 37). También hay detalle escrito de avistamiento de ballenas, tortugas y tiburones. Escribe Colón (1962): "peces golondrinas volaron en la nao muchos" (44); "hallaron un pece [sic], entre otros muchos, que parecía propio puerco, no como tonina, el cual diz que era todo concha, muy tiesta y no tenia cosa blanda sino la cola y los ojos, y un agujero debajo della para expeler sus superfluidades" (94-95); "Pescaron muchos pescados como los de Castilla, albures, salmones, pijotas, gallos, pámpanos, lisas, corbinas, camarones y vieron sardinas" (126); "Mataron los marineros una tonina, y un grandísimo tiburon" (195); y:

> Aquí son los peces tan disformes de los nuestros ques maravilla. Hay algunos hechos como gallos de las mas finas colores del mundo, azules, amarillos, colorados y de todas colores, y otros pintados de mil maneras; y las colores son tan finas que no hay hombre que no se maraville y no tome gran descanso á verlos. Tambien hay ballenas (59-60)

En sus viajes Colón confirma la existencia de múltiples reptiles. Habla sobre una serpiente o iguana[4] que encontraron en un lago, detalle no identificado en ningún mapa. Aparecen en textos cartográficos, sin embargo, dos representaciones de reptiles. La primera es de un lagarto y se observa en un detalle de la alegoría de Plancio (véase figura 44), donde una indígena negra monta dicho reptil como símbolo de dominación; o bien de una relación semejante, para nada extraña, entre humanos y animales salvajes, puesto que al final para los

[4] En la nota al pie de la página 67 de la versión del diario con que se está trabajando, se especifica que Casas define esta sierpe más bien como una iguana.

ISSN: 1594-378X

europeos ambos son lo mismo. La segunda imagen (véase figura 20) sintetiza la carga de lo monstruoso, agresivo y fantástico, pues se trata de un dragón mítico, similar al de los antiguos chinos; quizá las voces ideológicas se conjugan en tal detalle para materializar la descripción de la iguana overa, típica del área del Amazonas. Este detalle sí se lee en los documentos de Vespucio, en los cuales se expresa una refracción ideológica de lo monstruoso asociado con los reptiles. Sobre esto, léase:

> vide […] papagayos y lagartos; un mozo me dijo que vido una grande culebra […] Andando así en cerco de una destas lagunas vide una sierpe, la cual matamos y traigo el cuero á vuestras Altezas. Ella como nos vido se echó en la laguna, y nos le seguimos dentro, porque no era muy fonda, fasta que con lanzas la matamos; es de siete palmos en largo; creo que destas semejantes hay aquí en esta laguna muchas. (Colón, 1962: 60 y 67)

> Nos llamó la atención un animal que estaban asando, muy semejante a una serpiente, solo que no tenía alas, y al parecer tan rústico y silvestre que causaba espanto. Caminando adelante, a lo largo de aquellas mismas barracas hallamos muchísimas de estas serpientes vivas, atados los pies, y con una especie de bozales a la boca para que no muerdan; pero es tan feroz el aspecto de semejantes serpientes, que teniéndolas por venenosas no nos atrevíamos a tocarlas: son tan grandes como un cabrito montés y de braza y media de longitud. Tienen los pies largos, muy fornidos y armados de fuertes uñas; la piel de diversísimos colores; el hocico y el aspecto de verdadera serpiente: desde las narices hasta la extremidad de la cola les corre por toda la espalda una especie de cerda o pelo grueso, en términos que parecen serpientes aquellos animales; y, sin embargo de eso, los comen aquellas gentes. (Vespucio, 1923: 49)

> [encontramos] lagartijas de dos colas, con algunas serpientes que también alcanzamos a ver. (Vespucio, 1923: 125)

Vespucio, a diferencia de Colón, quien divisa en la mayoría de los viajes, excepto en el cuarto, solo perros, menciona la existencia de muchos mamíferos (véanse figuras 39, 42 y 44), para los cuales a veces no posee un nombre sustantivo adecuado, de modo que los referentes verosímiles y lingüísticos resultan insuficientes para *decir* la realidad americana; de ahí que esta insuficiencia del lenguaje se convierta en productora de nuevos sentidos e interpretaciones sobre la realidad del *Mundus Novus*: "bestias de cuatro pies no vieron, salvo perros [mastines y branchestes] que no ladraban" (Colón, 1962: 85); "[halló] ratones grandes de los de India tambien"[5] (Colón, 1962: 95); "De muchas maneras de animalias se hubo, mas todas mueren de barra. Gallinas muy grandes y la pluma como lana vide hartas. Leones, ciervos, corzos y otro tanto y así aves" (Colón, 2002: 200); "No encontramos allí más animales que unos ratones grandísimos" (Vespucio, 1923: 125); "Toda aquella tierra esta pobladísima de gente y muy llena de diversos animales muy poco semejantes a los nuestros, excepto los leones, osos, ciervos, jabalíes, cabras y gamos, los cuales se diferencian también en algo a los nuestros" (Vespucio, 1923: 57).

En cuanto a los árboles y las zonas boscosas, se sitúan grandes áreas en la parte nórdica, central y sur del continente, en el mapa de Münster (véase figura 33), las cuales coinciden con zonas abundantes de selva en las llanuras del Mississippi o la Florida, la sierra Madre de México, la cordillera Centroamericana, las llanuras de Colombia y los bosques tropicales húmedos amazónicos. Asimismo, se encuentran referencias, por un lado, en el mapa de Schöner (véase figura 18), donde lo verde remite al istmo boscoso y rico en vida silvestre, lo

[5] Se refería a las hutías antillanas.

ISSN: 1594-378X

mismo que a la variada zona vegetal insular de Jamaica y Cuba, en el mapa de Agnese (véase figura 27) o de Münster (véanse figuras 32 y 33); por otra parte, en el de Miller (véanse figuras 22, 23 y 24), donde la reiteración del ícono hiperbólico del árbol representa la abundancia de zona selvática, signo que también se aprecia en el mapa de Agnese (véase figura 28), justamente con respecto a la ubicación precisa de la Amazonia. En el mapa de de la Cosa (véase figura 15), todo el continente aparece en verde, quizá señalando riquezas naturales doquiera que se llegue.

La intertextualidad sobre la variedad de cantidad y especies vegetales narrada por los navegantes es notoria en estos mapas. La fertilidad de las tierras americanas también es signo de admiración para los peninsulares, pues les permite traducir la abundancia de flora en la riqueza y el valor adquisitivo de los suelos. La grandiosidad de los bosques americanos también llega a traducirse metonímicamente para Colón y Vespucio como aire fresco, oloroso e incomparable. A los cartógrafos no les queda más que utilizar la hipérbole y el color verde en el decorado de este motivo pues, como establece Colón, preocupado por la descripción minuciosa, realista y falto de paradigmas para comparar, es tal su diversidad y cantidad, que la palabra queda pobre e imprecisa, mas no los dibujos y adornos en los mapas.

El Almirante, entre mucho, llega a referirse a una especie con atinada y particular exclusividad: la palma cubana, la cual comienza desde ese momento a dialogar simbólica e ideológicamente con la futura poesía latinoamericana del siglo XX; verbigracia: la de Martí y Guillén, y las divergentes realidades e identidades del continente. Por esto, léase: "Y llegando yo aquí á este cabo vino el olor tan bueno y suave de flores ó árboles de la tierra que era la cosa mas dulce del mundo" (Colón, 1962: 64); "habia gran cantidad de palmas de otra manera que las de Guinea y de las nuestras; de una estatura mediana y los pies sin aquella camisa, y las hojas muy grandes" (Colón, 1962: 72); "no pudo ver nada por las grandes arboledas, las cuales eran muy frescas, odoríferas, por lo cual dice no tener duda que no haya yerbas aromáticas" (Colón, 1962: 81); "Porque toda aquella región es muy amena y fructífera, y está llena de selvas y bosques muy grandes, que verdeguean en todo tiempo y nunca pierden la hoja" (Vespucio, 1923: 57); además:

> vide muchos árboles muy disformes de los nuestros, y dellos muchos que tenian los ramos de muchas maneras y todo en un pie, y un ramito es de una manera y otro de otra, y tan disforme que es la mayor maravilla del mundo cuanta es la diversidad de la una manera á la otra, verbi gracia, un ramo tenia las fojas á manera de cañas y otro de manera de lentisco; y así en un solo árbol de cinco ó seis de estas maneras; y todos tan diversos: ni estos son enjeridos, porque se pueda decir que el enjerto lo hace, antes son por los montes (Colón, 1962: 59)

Háblese ahora sobre los accidentes geográficos y la noción de continente.

La morfología geológica, en especial cordilleras, montañas y cerros, aparecerá representada por medio de relieves cortos, series de cumbres o promontorios sobre los llanos, en los mapas de Agnese (véanse figuras 26 y 28), Münster (véase figura 33) y Mercator (véase figura 39). Muchas de estas hileras conforman en la realidad la zona andina y otras alturas significativas del continente; así: la sierra Pacaraima, en Venezuela, o los macizos orientales de Brasil. No obstante, en los mapas estudiados, no se consideran las especificaciones de Colón sobre las cumbres llamativas de las islas; ni tampoco hay detalle de color o forma, que transcriba la fecundidad y belleza de estos suelos, según la expresa asimismo Colón, apoyándose siempre en los accidentes geográficos de localidades europeas. Al respecto, cítese del Almirante (1962): "La isla, dice, ques llena de montañas muy hermosas, aunque no son muy grandes en longura salvo altas, y todas la otra tierra es alta de la manera de Sicilia" (73); "*San Salvador* [sic], que tiene sus montañas hermosas y altas como la *peña de los enamorados*, y

http://www.ojs.unito.it/index.php/artifara
ISSN: 1594-378X

una dellas tiene encima otro montecillo á manera de una hermosa mezquita. Este otro rio y puerto, en que agora estaba, tienen de la parte del Sueste dos montañas así redondas" (76); "Y así los valles como las montañas eran llenos de árboles altos y frescos, que era gloria mirarlos, y parecia que eran muchos pinales" (103); "es muy alta, y sobre el mayor monte podrian arar bueyes, y hecha toda á campiñas y valles. En toda Castilla no hay tierra que se pueda comparar a ella en hermosura y bondad" (133); "todo cercado de montañas altísimas que parece que llegan al cielo, y hermosísimas, llenas de árboles verdes, y sin duda que hay allí montañas mas altas que la isla de Tenerife en Canaria" (142).

Respecto de las islas, cabos, puertos (véase figura 15), valles, ríos y lagunas, Colón y Vespucio se detienen en describir su verdor, frondosidad, caudales y ubicación, más que todo de aquellas posibles vías de acceso a tierra dentro o navegación. Los valles se identifican en los mapas (véanse figuras 20, 22, 23, 26, 28, 32, 33, 37 y 39), sintetizando elementos ya mencionados (árboles, montañas, pájaros, animales y personas). Las afluentes e inclusive lagos *per se* son descritos como tesoros indiscutibles e inenarrables; su majestuosidad siempre se encuentra en fuga para los peninsulares ante la comparación fenomenológica y lingüística. Considérese en este sentido: "Aquí es unas grandes lagunas, y sobre ellas y á la rueda es el arboledo en maravilla" (Colón, 1962: 66); "Es tierra pantanosa y regada de grandes ríos, apareciendo siempre verde y poblada de altísimos árboles" (Vespucio, 1923: 75); así como:

> Dice que es aquella isla la más hermosa que ojos hayan visto, llena de muy buenos puertos y rios hondos, y la mar que parecia que nunca se debia de alzar […La isla de Cuba] llena es de muchas aguas […] hay diez rios grandes, y que con sus canoas no la pueden cercar en veinte dias. […] la parte del Oueste Norueste [de la isla *San Salvador* tiene] un hermoso cabo llano que sale fuera (Colón, 1962: 73 y 76)
>
> halló un agrezuela como la abertura de una montaña, por la cual descubrió un valle grandísimo, y vídolo todo sembrado como cebadas, y sintió que debia de haber en aquel valle grandes poblaciones, y á las espaldas dél habia grandes montañas y muy altas […] vido por la tierra dentro muy grandes valles y campiñas y montañas altísimas, todo á semejanza de Castilla (Colón, 1962: 122)
>
> Era la isla enteramente despoblada, abundantísima de agua fresca y dulce, llena de infinitos árboles y de innumerables pájaros marinos y terrestres, tan mansos, que sin recelo alguno se dejaban coger con la mano (Vespucio, 1923: 123 y 125)

Con el interés de esclarecer información pertinente a las rutas de navegación y destinos comerciales exóticos o zonas de extracción, Colón y Vespucio describen las condiciones eólicas de las zonas septentrional y meridional, algunas veces benéficas (por lo general los nórdicos) y otras caóticas (eventualmente los australes) para la navegación. Por ello, no es de extrañar la iconografía y el color blanco que Agnese (1520) emplea para los primeros y el color negro para los segundos (véase figura 25). Dice Colón (1962): "amaneciendo calmó el viento […] estuve así con poco viento fasta que pasaba de medio día y entonces tornó á ventar muy amoroso […] á un rato crecia mucho el viento y hacía mucho camino […] el viento que traian hasta allí [habría de] ser Levante y por eso cálido" (70, 71 y 75); "Así este puerto es muy bueno para todos los vientos que puedan ventar" (148); "Antes de salido el sol levantó las anchas con el viento terral" (153). Agrega Vespucio (1923): "Luego que dejamos aquella tierra comenzaron a navegar entre el levante y el jaloque […] volvimos a emprender de nuevo la navegación por el mismo viento leveche […] El leveche soplaba con grandísima

ISSN: 1594-378X

violencia, el mar hinchado y sumamente turbulenta la atmósfera" (107 y 111); "Empezando, pues, nuestra navegación por nornordeste, que es viento entre griego y tramontana" (127).

La diferencia mayor entre las narraciones de Colón y Vespucio radica en que el primero creyó llegar a las Indias occidentales ("Cuando yo descubrí las Indias, dije que era el mayor señorío rico que hay en el mundo" [1962: 201]), y más aún a Cipango; por ello, estaba convencido de que encontraría al Gran Kan, pues seguía fielmente el mapamundi de Behaim (véanse figuras 12, 13 y 14). El segundo, por las cualidades de las tierras y extensas playas, advierte que se trata de un continente: América[6]. Esto obligará a los cartógrafos a otorgarles un espacio significativo a las nuevas tierras en tanto extensa masa y no menudas islas. De ahí que la visión y construcción del continente se amplía cada vez más en los mapas posteriores al de de la Cosa —América no es una serie de islas (véase figura 15)— o el de Waldseemüller —América aparece como una provincia de Castilla (véanse figuras 16 y 17)—, en los cuales los contornos y dimensiones van evolucionando (véanse figuras 28, 31 y 40) hasta alcanzar niveles proporcionales con lo real (véanse figuras 18, 22, 25, 27, 37 y 49). Considérese de Colón (1962): "Entonces vieron tierra, y eran siete a ocho islas, en luengo todas de Norte á Sur: distaban de ellas cinco leguas […] cree que estas islas son aquellas innumerables que en los mapamundos en fin de Oriente se ponen" (71 y 92); "dice que había de trabajar de ir al Gran Can, que pensaba que estaba por allí ó la ciudad de Cathay[7] ques del Gran Can" (77); "Y es cierto dice el Almirante questa es la tierra firme, y que estoy, dice él, ante *Zayto* y *Guinsay*[8] [sic], cien leguas poco más ó poco menos lejos de lo uno y de lo otro" (79); mientras de Vespucio: "Allí conocimos que aquella tierra no era isla sino continente, porque se extiende en larguísimas playas que la circundan y de infinitos habitantes estaba repleta. (s.f., §3)". Súmese:

> después partir para otra isla grande mucho, que creo que debe ser *Cipango* [sic], según las señas que me dan estos indios que yo traigo, á la cual ellos llaman *Colba*[9], en la cual dicen que ha naos y mareantes muchos y muy grandes, y de esta isla otra que llaman *Bosio*[10] […] es la isla de *Cipango* de que se cuentan cosas maravillosas, y en las esferas que yo ví y en las pinturas de mapamundos es ella en esta comarca […] Concluye que Cipango estaba en aquella isla, y que hay mucho oro y especería y almaciga y ruibarbo (Colón, 1962: 68, 70 y 171)

Prosígase con la descripción física y conductual de los habitantes de las Indias occidentales-*Mundus Novus*.

Colón expresa constantemente un descontento sobre estos sujetos, pues ellos no concuerdan con su idea de *personas civilizadas y cultas*, las cuales le facilitarían el intercambio de riquezas. Aquel parece asombrarse de la desnudez de los pobladores, sus pocas vestimentas (bragas, taparrabos o telas liadas), sus conductas, ademanes, habilidades físicas y, sobre todo, el color de su piel, que en unos es moreno y en otros, blanco: rasgo que casi los podría definir como *europeos*. Por su parte, Vespucio también describe tales características fisonómicas. Este, teniendo aún presente su lectura sobre el Paraíso, considera que las multitudes llamativas por su desnudez necesitan una urgida organización cosmológica, pues su condición es

[6] Los geógrafos europeos y los poetas de Saint Dié impulsaron el hecho de nombrar el nuevo continente: *América*. Con este nombre, se llamó a Las Antillas, descubiertas por Colón y reclamadas en su nombre por el rey de Castilla, así como también los espacios actuales de Brasil, Venezuela, la Patagonia y las tierras de Norteamérica, exploradas posterior a 1538 (Arciniegas, 1955).

[7] Con el nombre de *gran reino de Cathey* llamó Marco Polo (2008) a China. Claramente, Colón lo ha leído.

[8] Colón estaba convencido de haber llegado al extremo de la India, a Quinsay o Fiunsay, por la descripción que había leído de estas ciudades en Marco Polo (2008).

[9] Refiérese a Cuba.

[10] Quiso decir *Bohio*.

ISSN: 1594-378X

prácticamente *escatológica*. La valoración sobre los americanos según ambos navegantes, en resolución, prima en el asombro que causan estos habitantes en tanto metonimias de un conjunto mayor: la tierra indomable a la que se enfrentan los peninsulares también *desnudamente*. Al respecto escriben Vespucio (1923): "Porque todos los que veíamos que andaban desnudos parecía que estaban también de gran manera asombrados de vernos, sin duda (a lo que yo entiendo) por vernos vestidos y de semblantes distintos de los suyos" (25); "Tanto los hombres como las mujeres son en extremo ligeros y veloces para andar y correr, en lo cual nos llevan a los cristianos grande ventaja, pues, como muchas veces lo experimentamos, las mismas mujeres reputan por nada correr una o dos leguas" (29); y Colón (1962):

> Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y también las mugeres, aunque no vide mas de una farto moza, y todos los que yo ví eran todos mancebos, que ninguno vide de edad de mas de treinta años: muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos, y muy buenas caras: los cabellos, é cortos: los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos de tras que traen largos, que jamas cortan […] Ellos todos á una mano son de buena estatura de grandeza, y buenos gestos, bien hechos. (49)
>
> Aquí fallaron que las mugeres casadas traian bragas de algodon, las mozas no, sino salvo algunas que eran ya de edad de diez y ocho años […] Verdad es que las mugeres traen una cosa de algodon solamente tan grande que le cobija su natura […] tanto como una bragueta de calzas de hombre, en especial despues que pasan de edad de doce años. (62, 86 y 145)
>
> Cuanto á la hermosura decian los cristianos que no habia comparacion así en los hombre como en las mugeres, y que son blancos mas que los otros, y que entre los otros vieron dos mugeres mozas tan blancas como podian ser en España. […] son los mas hermosos hombres y mugeres que hasta allí hobieron hallado: harto blancos, que si vestidos anduviesen y se guardasen del sol y del aire, serian cuasi tan blancos como en España. (129 y 133)

Tanto Colón como Vespucio establecerán constantemente una lectura estética de los indios-americanos a partir de una interpretación renacentista (lo bello-civilizado vs. lo animalesco-bárbaro) o medieval (tómase desde la [semi]desnudez hasta la desproporcionalidad de los cuerpos de los antípodas, o bien los modelos de belleza tradicionales de Castilla, India o Tartaria), antes que proponer objetivamente y sin prejuicios un perfil autóctono de los habitantes. Por más intento de alcanzar este último, no pudieron, debido a su horizonte axiológico de referencia. Ellos acotan:

> Luego que amaneció vinieron á la playa muchos destos hombres, todos mancebos, como dicho tengo, y todos de buena estatura, gente muy fermosa: los cabellos no crespos, salvo corredios y gruesos, como sedas de caballo, y todos de la frente y cabeza muy ancha mas que otra generacion que fasta aquí haya visto, y los ojos muy fermosos y no pequeños, y ellos ninguno prieto, salvo de la color de los canarios […] Las piernas muy derechas, todos á una mano, y no barriga, salvo muy bien hecha. (Colón, 1962: 50)
>
> Son de mediana estatura y de buenas proporciones: su carne tira a roja, como el pelo de los leones, y soy de la opinión que si anduvieran vestidos serían tan blancos como nosotros. […] No son muy hermosos los semblantes, porque tienen las caras chatas o aplastadas semejantes a los tártaros: ni en las cejas ni en los parpados ni en parte alguna del cuerpo (a excepción de la cabeza) se dejan crecer pelo ninguno, porque el tenerlos los reputan por cosa de bestias. (Vespucio, 1923: 29)

ISSN: 1594-378X

En fin, la resemantización de los signos y símbolos será una de las características predominantes en la construcción discursiva de Colón y Vespucio sobre los textos corporales, escriturales, lingüísticos y proxémicos americanos. Tales voces, específicamente en torno a la desnudez, color de tez, modales, conductas, habilidades físicas, vestimentas y belleza de los nativos de las Indias-América, llegarán a materializarse en un amplio panorama de ornamentos presentes en los mapas de Hereford (véase figura 5), Schedel (véanse figuras 6 y 11), cartas portulanas (véase figura 10), Schöner (véanse figuras 18, 20 y 21), Miller (véanse figuras 22 y 24), Agnese (véanse figuras 27 y 28), Huttich y Grynaeus (véase figura 30), Mercator (véanse figuras 39 y 40), Plancio (véanse figuras 41, 42, 43 y 44) y Jansson (véase figura 47); así como en las ilustraciones de Bry (véase figura 35) y las alegorías de Ortelius (véase figura 45), Mercator (véase figura 46), Blaue (véase figura 48) y Dell'Aqua (véase figura 49).

Vespucio alaba en ocasiones reiteradas la belleza de la mujer americana, vista siempre desde los cánones eurocéntricos de *lo bello*. Su fijación obedece muchas veces al atractivo del furor femenino y las necesidades del *instinto masculino* (véase figura 21). Además, valora su vitalidad, fortaleza y fecundidad. Sin embargo, también llega a asociar lo femenino con lo maligno y aberrante —herencia discursiva medieval: Ave María frente a Eva—, pues estas llegan a comportarse desinhibida e inhumanamente, hasta el punto de cometer actos salvajes contra ellas mismas, sus hijos y varones. Una mujer con voluntad de herir al varón sin temer consecuencias religiosas, legales o represivas aterró, en definitiva, a Vespucio (1923), quien por eso cuenta: "No tienen más vello ni pelos en el cuerpo que los de la cabeza; estos los tienen largos y negros, en especial las mujeres, a quienes sienta muy bien la larga y atezada cabellera" (29); y:

> Son poco celosos, pero lujuriosos en extremo, en especial las mujeres, cuyos artificios para satisfacer su insaciable liviandad no refiero por no ofender el pudor. Son fecundísimas, y durante la preñez no cesan en los trabajos y penosos ejercicios corporales; paren con muchísima facilidad y casi sin dolor ninguno, en tal conformidad que al día siguiente andan alegres y sanas por todas partes. […] Son de tal manera propensas a la crueldad y al odio maligno, que si por alguna casualidad las atormentan o incomodan los maridos, inmediatamente confeccionan cierto veneno, con el cual, en satisfacción de su ira, matan los fetos en el vientre y en seguida los abortan, por cuyo motivo perecen infinitas criaturas. Son de cuerpo gracioso, elegante, bien proporcionado, de tal manera que no se puede notar en ellas deformidad alguna, y aunque andan desnudas están colocadas las vergüenzas entre los muslos en tal disposición que no aparecen a la vista, además de que la parte anterior, que llamamos empeine, está dispuesta por la naturaleza de suerte que nada se ve que sea deshonesto. Pero allí nadie cuida de estas cosas, porque la misma impresión les causa la vista de las vergüenzas que a nosotros la vista de la boca o del rostro. […] Entre ellos se tendría a maravilla que una mujer por mucho parir tuviese arrugas en el pecho, ni en las partes carnosas, ni en el vientre; todas se conservan siempre, después del parto como si jamás hubiesen parido. (35 y 37)

En consecuencia, el furor femenino resalta en descripciones exóticas y sensuales de Vespucio, inclusive apoyado por cierta virilización y conductas antropófagas. La mujer desnuda y guerrera recuerda a la clásica amazona griega por su tez blanca y demás cualidades. Este eco impactará a las sociedades europeas, donde ideológicamente la mujer *debe* cumplir un rol de pasividad, desinterés y distanciamiento de las armas y lo bélico-épico. Por eso, se representa a la mujer en algunos textos cartográficos (véanse figuras 42, 33 y 44) como la legendaria amazona, portadora siempre de las armas americanas por excelencia: el arco y la

ISSN: 1594-378X

flecha. Posteriormente, en alegorías como las de Ortelius (véase figura 45), Mercator (véase figura 46), Jansson (véase figura 47), Blaue (véase figura 48) y Dell'Aqua (véase figura 49), las representaciones femeninas adquirirán cierta corpulencia, aires bélicos y rasgos más bien griegos, latinos o inclusive románticos.

El decorado corporal resulta causa de admiración y horror en algunas situaciones, esto último más que todo en relación con el tema de las perforaciones. Colón incluye en sus narraciones —Vespucio muy poco— las costumbres sobre el tatuaje, las coloraciones cutáneas, los adornos constantes —alhajas de piedras, oro, plumas y huesos con más frecuencia, máscaras, hilos y vegetales en pocos casos—, como signos de embellecimiento o identificación con algún grupo social. Obsérvense el alcance de estas voces en los mapas de Schöner (véase figura 21), Miller (véase figura 24), Plancio (véanse figuras 42 y 44); así como en la ilustración de Bry (véase figura 35) y las susodichas alegorías. Atiéndanse las siguientes citas de Colón (1962): "dellos se pintan de prieto, y ellos son de la color de los canarios, ni negros ni blancos, y dellos se pintan de blanco, y dellos de colorado, y dellos de lo que fallan, y dellos se pintan las caras, y dellos todo el cuerpo, y dellos solos los ojos, y dellos solo el nariz" (49); "hacen señas que hay muy mucho oro, y que lo traen en los brazos en manillas, y á las piernas, y á las orejas, y al nariz, y al pescuezo […] Envióle con aquel un cinto que en lugar de bolsa traía una carátula que tenia dos orejas grandes de oro de martillo, y la lengua y la nariz" (56 y 149); y Vespucio: "Sus riquezas son plumas de aves de varios colores o laminas y cuentas que hacen de los huesos de los peces o de piedrecitas verdes y blancas, a la manera de las cuentas gordas de nuestros rosarios, y estos adornos los cuelgan de las mejillas, de los labios o de las orejas" (1923: 37); además:

> algunos dellos con penachos en la cabeza y otras plumas […] Traia todos los cabellos muy largos y encogidos y atados atras, y después puestos en una redecilla de plumas de papagayos, y él así desnudo como los otros […] También dijeron que las mujeres de allí traían collares colgados de la cabeza a las espaldas. (Colón, 1962: 114, 183 y 192)

Coméntese sobre el *modus vivendi* de los indios occidentales-americanos.

Colón y Vespucio detallan parte de los alimentos, utensilios para la preparación y el ofrecimiento de estos. Tales voces se materializan en las ilustraciones de los mapas de Schöner (véase figura 21) y Miller (véase figura 24). Léanse los extractos siguientes:

> traia un poco de su pan, que seria tanto como el puño, y una calabaza de agua, y un pedazo de tierra bermeja hecha en polvo y despues amasada, y unas hojas secas que debe ser cosa muy apreciada entre ellos […] sin temor iban todos á sus casas, y cada uno les traía de lo que tenia de comer, que es pan de niames, que son unas raices como rábanos grandes que nacen, que siembran y nacen y plantan en todas sus tierras, y es su vida; y hacen dellas pan y cuecen y asan y tienen sabor propio de castañas […] Dábanles pan y pescado, y de lo que tenían. (Colón, 1962: 57 y 128)

> Tienen sembrado en ellas ajes, que son unos ramillos que planta, y al pie de ellos nacen unas raices como zanahorias, que sirven por pan, y rallan y amasan y hacen pan dellas y despues tornan á plantar el mismo ramillo en otra parte y torna á dar cuatro ó cinco de aquellas raices que son muy sabrosas, propio de castañas. […] tambien hay mucho ají, ques su pimienta, della que vale mas que pimienta, y toda la gente no come sin ella, que la halla muy sana. (Colón, 1962: 133-134 y 188)

> todos traen algo, especialmente de su pan y pescado, y agua en cantarillos de barro, y simientes de muchas simientes que son buenas especies: echaban

ISSN: 1594-378X

> un grano en una escudilla de agua y bebenla, y decían los indios que consigo traía el Almirante que era cosa sanísima […] trujeron gallinas. (Colón, 1962: 150 y 207)

> Las comidas que usan ordinariamente, compuestas de raíces, frutas, yerbas y diversos peces, les hacen abundar de sangre y humor flemático. No conocen el trigo ni otra alguna semilla de granos, y su comida ordinaria es cierta raíz de árbol que muelen y convierten en harina bastante buena; unos la llaman yuca, otros cambi y otros iñame. (Vespucio, 1923: 41)

> En este país beben vino exprimido de frutas y simientes, a manera de cidra o cerveza blanca y tinta; pero el mejor es el que hacen de las manzanas de mirra, de las cuales y de otras muchas excelentes frutas, tan sabrosas como saludables, comimos con abundancia por haber llegado en estación oportuna. (Vespucio, 1923: 81)

Vespucio, más allá de los detalles de sus comidas, describe sus períodos, modales y conductas en torno a la alimentación. Concluye, con un tono irónico y burlesco, que los americanos demuestran barbarie y caos en medio de circunstancias donde la ética les exige a los europeos decencia y, en consecuencia, los obliga a leer el desenvolvimiento de los nativos como animalesco. Tales características resonarán en la idea del canibalismo; este se analizará más adelante. Por el momento, compruébense las palabras de Vespucio (1923):

> Su modo de comer es muy bárbaro y no tienen horas determinadas para ello, sino cuando los provoca el apetito, sea de día, sea de noche. Para comer se recuestan en el suelo; y no usan manteles ni servilletas, pues no tienen lienzo ni paño alguno. Los manjares y comestibles los colocan en vasijas de barro que fabrican ellos mismos, o en medios cascos de calabazas. (33)

> En el rostro y ademanes del cuerpo son muy brutales. Todos tenían la boca llena de cierta hierba verde que rumiaban, casi de la misma manera que los animales, de suerte que apenas podían articular palabra. Traían también todos colgando del cuello dos calabacillas curadas, llenas la una de la hierba que tenían en la boca y la otra de cierta harina blanquizca semejante a yeso molido, y con cierto palo o bastoncito pequeño que humedecían y masticaban en la boca y metían muchas veces en la calabaza de la harina, sacaban la suficiente para rociar a ambos lados aquella hierba que llevaban en ella; operación que repetían frecuentísimamente y muy despacio. […] Las mujeres no usaban la hierba que, según dijimos, traen los hombres en la boca; pero todas llevaban una calabaza llena de agua para beber. (83, 85 y 87)

Asimismo, aclara con asombro las situaciones conyugales y bélicas, en las cuales se observa el sistema ético y de convivencia. Logra esbozar una sociedad en donde los hombres y las mujeres comparten, pero cada sexo asume roles distintos definidos dentro del grupo. Tal convivencia y delimitación de funciones y servicios se aprecian, de cierta manera, en el mapa de Schöner (véase figura 21). Considérese de Vespucio (1923):

> Cuando van a la guerra llevan consigo a sus mujeres, no para que peleen, sino para que conduzcan tras ellos las cosas necesarias; por razón de que una mujer de estas puede cargar y llevar a cuestas por espacio de treinta o cuarenta leguas mayor peso que el que puede levantar de la tierra el hombre más forzudo, como vimos muchas veces. (31)

http://www.ojs.unito.it/index.php/artifara
ISSN: 1594-378X

> No guardan en sus casamientos o matrimonios ley alguna ni derecho legítimo conyugal; antes bien cuantas mujeres ve cualquiera tantas puede tener y repudiarlas cuando quiera, sin que esto se tenga por injuria ni por oprobio; siendo común esta libertad a los varones y las mujeres. Son pocos los celos, pero lujuriosos en extremo, en especial las mujeres, cuyos artificios por satisfacer su insaciable liviandad no refiero por no ofender el pudor. (35)

Ambos navegantes también relatan sobre el uso del fuego en hogueras, labores culinarias, bélicas, comunicativas, e inclusive caníbales. Nótese la materialización de estas referencias en los mapas de Schöner (véanse figuras 20 y 21), Huttich y Grynaeus (véase figura 30) y la ilustración de Bry (véase figura 35); y las citas de Colón (1962): "halló haber encendido fuego en algunos lugares" (93); "Viéronse muchos fuegos aquella noche, y de dia muchos humos como atalayas, que parecia estar sobre aviso de alguna gente con quien tuviesen guerra" (118); "Diz que hacian muchas ahumadas como acostumbraban en aquella Isla Española" (186); más la de Vespucio: "vimos desde las naves mucha más gente que antes, haciendo en diferentes parajes lumbres y ahumadas; y creyendo ser señales de convite, bajamos a tierra" (1923: 103).

Entre tanto, la antropofagia o el canibalismo como costumbre de alimentación horrorizaba a los peninsulares. El canibalismo y la desmembración del cuerpo enemigo como práctica triunfal en la empresa militar atentaban contra el discurso religioso católico del amor, compasión, perdón y contra el humanismo de la época, en relación con el cuerpo humano, su función biológica y el comportamiento del ser social moderno y civilizado. El tópico del canibalismo, junto con el de los antípodas, estimula el ficcionalizar a América como un espacio demoníaco y edénico a la vez. Colón asegura haber mantenido contacto con sujetos quienes se llamaban Caniba, Canima o Caribes: devoradores de hombres y enemigos de los pueblos más nobles y pacíficos; cree que, quizá, llevándolos a Castilla y educándolos en la religión católica superen su estado de salvajismo[11]. Vespucio corrobora empíricamente en un intento de verosimilitud la naturalidad de esta práctica dentro del ámbito familiar y se apoya en el recurso numérico hiperbólico, para verbalizar lo espantoso y fascinante que produce esa extraña y asombrosa conducta. A lo mejor, este recurso numérico es el motivador del carácter hiperbólico empleado por Gabriel García Márquez en sus novelas, verbigracia *Cien años de soledad*, para literaturizar el realismo mágico de América Latina. En todo caso, se inscriben muestras ideológicas europeas sobre un ambiente desconocido que bien puede ser la salvación del ser humano civilizado o su destrucción. Se rastrean, por consiguiente, signos sobre el canibalismo en los mapas de Huttich y Grynaeus (véase figura 30), Münster (véase figura 34), la ilustración de Bry (véase figura 35) y en la portada de la carta marina de Fries (véase figura 36). En todos se representa a los americanos en sus labores alimentarias de mutilación y disfrute. Considérese que el motivo iconográfico prácticamente se repite, pues el discurso gira de modo palimpséstico desde unos cartógrafos hasta otros dentro de espacios discursivos con poca variabilidad. En consecuencia, se confirma el efecto de la lectura sobre otras lecturas; es decir, la ficcionalidad a partir de otra ficción. De acuerdo con lo anterior, cítese de Colón (1962): "Hallaron tambien los marineros en una casa una cabeza de hombre dentro de un cestillo, cubierto con otro cestillo, y colgado de un poste de la casa, y de la misma manera hallaron otro en otra población" (110); "Mostráronles dos hombres que les faltaban algunos pedazos de carne de su cuerpo, y hiciéronles entender que los canibales los habian comido á bocados" (135); de Vespucio (1923): "Recogímoslos en nuestras barcas, y

[11] Dice Colón: "entre las otras islas las de los caníbales son mucho grandes y mucho bien pobladas, parecerá acá que tomar de ellos y de ellas y enviarlos allá a Castilla non sería sino bien, porque quitarse hían una vez de aquella inhumana costumbre que tienen de comer hombres, y allá en Castilla, entendiendo la lengua, muy más presto recibirían el bautismo y farían el provecho de sus ánimas" (2002: 161).

ISSN: 1594-378X

ellos nos indicaron por señas que los habían cautivado y que los traían para comérselos, significándonos al mismo tiempo que esta gente tan fiera y cruel, comedora de carne humana, se llamaban caníbales" (79); "Los hombres, haciéndonos iguales señas que las mujeres, nos insinuaban que habían muerto asimismo y se habían comido otros dos cristianos, lo que era verdad y así lo creímos" (105), más:

> Rarísima vez comen otra carne que la humana, y la devoran con tal ferocidad, que sobrepujan a las fieras y bestias; porque todos los enemigos que matan o cogen prisioneros, sean hombres o mujeres, indistintamente los devoran con tal fiereza que no puede verse ni decirse cosa más feroz ni más brutal. (41)

¿Y qué hay sobre las viviendas de los nativos? Colón y Vespucio puntualizan con qué materiales estaban fabricadas, su estructura, qué había dentro de ellas (como algunos de los utensilios ya mencionados o hamacas), los entornos de estas, la cantidad de sus habitantes; los espacios destinados para alimentación, animales o trabajos cotidianos. Motivos de cabañas y ranchos como espacios domésticos, con zonas abiertas, senderos y corrales se ilustran en los mapas de Huttich y Grynaeus (véase figura 30), Münster (véase figura 34) y las alegorías de Plancio (véanse figuras 42 y 44). Al respecto, léase: "Vide una casa hermosa, no muy grande, y de dos puertas, porque así son todas, y entré en ella y vide una obra maravillosa, como cámaras hechas por una cierta manera que no lo sabria decir, y colgado al cielo della caracoles y otras cosas" (Colón, 1962: 115); asimismo:

> llegó á dos casas que creyó ser de pescadores y que con temor se huyeron, en una de las cuales halló un perro que nunca ladró, y en ambas casas halló redes de hilo de palma y cordeles, y anzuelo de cuerno, y fisgas de hueso y otros aparejos de pescar, y muchos huegos dentro, y creyó que en cada una casa se juntan muchas personas […] Las casas diz que eran ya mas hermosas que las que habian visto, y creia que cuanto mas se allegase á la tierra firme serian mejores. Eran hechas á manera de alfaneques, muy grandes, y parecian tiendas en real sin concierto de calles, sino una acá y otra acullá, y de dentro muy barridas y limpias, y sus aderezos muy compuestos. Todas son de ramas de palma muy hermosas. (Colón, 1962: 73 y 74-75)

> Las habitaciones son comunes a todos; y las casa construidas a manera de campanas, están afirmadas con grandes árboles, techadas con hojas de palmas y muy seguras contra los vientos y las tempestades. En algunos parajes las hay tan grandes que en una sola hallamos que vivían 600 personas, y entre otras supimos de ocho casas principales tan pobladas que vivían en ellas hasta 10.000 personas. (Vespucio, 1923: 37)

> Porque luego de que entramos en él descubrimos una población a manera de lugar o villa, colocada sobre las aguas, como Venecia, en que había veinte grandes casas, con corta diferencia construidas a modo de campanas, según antes he dicho, y fundadas sobre sólidas y fuertes estacas, delante de cuyos portales había unos como puentes levadizos, por los cuales se pasaba de unas a otras, cual si fueran una calzada solidísima. (Vespucio, 1923: 45)

Las construcciones monumentales asombraron a los españoles, debido a la *falta de civilización* de los indios-americanos. Colón solo describe en una oportunidad lo que pareciera un templo: "Hallaron muchas estatuas en figura de mugeres y muchas cabezas en manera de caratona muy bien labradas. No se si esto tienen por hermosura ó adoran en ellas" (1962: 75). Vespucio no ofrece detalles sobre este motivo. Será por los testimonios de futuros con-

ISSN: 1594-378X

quistadores que se conocerá información sobre las edificaciones aztecas, mayas y quichés y, en consecuencia, observar representaciones, por ejemplo, sobre la construcción de Cuzco como metrópoli, en el mapa de Mercator (véase figura 38).

Colón (1962), desde el principio, afirma que los indios se encontraban desprovistos de armas, "de ningún ingenio en las armas y muy cobardes, que mil no aguardarian [sic] tres" (135); y, por ende, eran pacíficos, temerosos, tratables, faltos de ley y "buenos para les mandar y les hacer trabajar, sembrar, y hacer todo lo otro que fuere menester, y que hagan villas y se enseñen á andar vestidos y á nuestras costumbres" (135). Sin embargo, se da cuenta de que no es así. Ellos sí poseen armas: "traen bombardas, arcos y flechas, espadas y corazas, y andan vestidos, y en la tierra hay caballos, y usan la guerra" (Colón, 2002: 193). Tales armas eran imprescindibles en la cacería y defensa de las familias y pobladores de sus aldeas, más aún ante los peninsulares. Atiéndanse tanto los detalles en la carta portulana (véase figura 10), los mapas de Agnese (véase figura 28), Mercator (véanse figuras 39 y 40) y Plancio (véanse figuras 42, 43 y 44), así como en las alegorías de Ortelius (véase figura 45), Mercator (véase figura 46) y Jansson (véase figura 47). Sobre el tema: "Ellos no traen armas ni las cognocen, porque les amostré espadas y las tomaban por el filo y se cortaban con ignorancia. No tienen algun fierro: sus azagayas son unas varas sin fierro, y algunas de ellas tienen al cabo un diente de pece [sic], y otras de otras cosas" (Colón, 1962: 49); "Traían consigo grandes arcos y saetas, y además palos aguzados y gruesas estacas, a manera de clavas o mazas" (Vespucio, 1923: 89); "los hombres que estaban en el monte se acercaron a la orilla armados de arcos y saetas, y disparándolas contra nosotros atemorizaron a nuestra gente" (Vespucio, 1923: 105); de igual modo:

> las flechas son propias como las azagayas de las otras gentes que hasta allí habia visto, que son de los pimpollos de las cañas cuando son simiente, que quedan muy derechas y de longura de una vara y media, y de dos, y después ponen al cabo un pedazo de palo agudo de un palmo y medio, y encima de este palillo algunos le injieren un diente de pescado y algunos y los mas le ponen allí yerba, y no tiran como en otras partes, salvo de una cierta manera que no pueden mucho ofender. (Colón, 1962: 188)

> Sus armas son arcos y saetas que saben fabricar con mucha habilidad. Carecen enteramente de fierro y otros metales, pero en lugar de fierro arman sus saetas con dientes de bestias y de peces, y para darles más fortaleza las suelen endurecer al fuego. […] Tienen además otras armas como son lanzas, chuzos y clavas o mazas con cabezas maravillosamente labradas. (Vespucio, 1923: 29)

Las barcas, canoas o almadías conformaban medios significativos para la pesca, la navegación marítima, fluvial y el intercambio comercial. Ellos, según Colón, las utilizaban para movilizarse hasta las carabelas, con el fin de intercambiar el oro y las piedras preciosas por cualquier objeto brillante o cuentas de vidrio, así como para ofrecerles alimentos. Para Vespucio, la confección y morfología dinámica de estas balsas resulta asombrosa y perfecta, de modo que verlas adentradas tantas leguas en el mar reta a las mismas carabelas portuguesas. Retómense los detalles en los mapa de Schöner (véanse figuras 18 y 20) y Mercator (véase figura 37). Relata Colón (1962): "allí halló una almadia ó canao [sic] hecha de un madero tan grande como una fusta de doce bancos, muy hermosa, varada debajo de una atarazana ó ramada hecha de madera y cubierta de grandes hojas de palma" (109); "vieron una almadia ó canoa de noventa y cinco palmos de longura de un solo madero, muy hermosa, y que en ella cabrian y navegarian ciento y cincuenta personas" (111); "halló una canoa con un indio solo en ella, de que maravillaba el Almirante como se podia tener sobre el agua siendo el viento grande" (132). Agréguese:

ISSN: 1594-378X

> Ellos vinieron á la nao con almadias, que son hechas del pie de un árbol, como un barco luengo, y todo de un pedazo, y labrado muy a maravilla segun la tierra, y grandes en que en algunas venian cuarenta ó cuarenta y cinco hombres, y otras mas pequeñas, fasta haber dellas en que venia un solo hombre. (Colón, 1962: 50 y 51)

> reparamos que al mismo tiempo venían por el mar doce barcas suyas, poco más o menos, cada una de ellas abierta en un tronco de árbol, que es el género de embarcaciones de que usan, y maravillándose sus marinos de nuestros rostros y traje, y dando vuelta a nuestro rededor, nos miraban y registraban desde lejos, y mirándolos nosotros por nuestra parte de la misma manera. (Vespucio, 1923: 45)

Aunado a lo anterior, Vespucio (1923) se sorprende de las habilidades de pesca y natación de los americanos, cuando los encontraba a flote a distancias lejanas de las costas: "Son grandes pescadores y tienen abundancia de peces. Nos regalaron muchísimas tortugas y otras varias clases de buena pesca" (85); o:

> Muchos de ellos, tan pronto como nos acercamos a tierra se arrojaron al mar (son excelentes nadadores) y se vinieron por el agua hacia nosotros tanto trecho como un tiro de ballesta […] Nadan maravillosamente, más de lo que es creíble, y las mujeres mucho mejor que los hombres, como lo presenciamos frecuentemente, viéndolas, sin apoyo ni ayuda alguna, nadar por espacios de dos leguas en el mar. (27 y 29)

Tanto la natación como las canoas fueron medios indispensables para el intercambio comercial y simbólico entre ambos bandos. El enriquecimiento, la estafa[12], la apertura hacia nuevos intereses subyugantes y materialistas tuvieron cabida en el mar: espacio de incertidumbre, duda, indecisión, vida y muerte (Chevalier y Gheerbrant, 1988). Dicen los navegantes:

> les dí á algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponían al pescuezo, y otras cosas muchas de poco valor con que hobieron mucho placer y quedaron tanto nuestros que era maravilla […] despues venian á las barcas de los navíos adonde nós estabamos, nadando y nos traían papagayos y hilo de algodón en ovillos y azagayas, y otras cosas muchas, y nos las trocaban por otras cosas que nós les dabamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles […] todo lo que tienen lo dan por cualquiera cosa que les den; que fasta los pedazos de las escudillas, y las tazas de vidrio rotas rescataban, fasta que ví dar diez y seis ovillos de algodón por tres ceotis[13]. (Colón, 1962: 48-49 y 51-52)

> rescatamos de ellos 119 marcos de perlas, por precio cuando más de 40 ducados, a nuestro juicio: porque solamente les dimos en cambio algunos cascabeles, espejos pequeños, pedazos de vidrio y algunas laminillas de latón; cada uno de ellos daba por un cascabel todas cuantas perlas tenía. (Vespucio, 1923: 91)

[12] "Quinientas perlas les compramos por un solo cascabel, con un poco de oro que les dimos de gracia." (Vespucio, 1923: 81)
[13] Moneda de Ceuta, utilizada en Portugal.

ISSN: 1594-378X

El oro, la plata, las piedras preciosas como las perlas —Colón sumará a estos su interés por resinas como la almáciga— motivaron que los peninsulares se movilizaran rápidamente en estas tierras desconocidas, entre animales y sujetos salvajes: el oro justificaba cualquier peligro: "Y yo estaba atento y trabajaba de saber si habia oro, y vide que algunos dellos traían un pedazo colgado en un agujero que tienen á la nariz […] ir al Sudueste á buscar el oro y piedras preciosas" (1962: 51). Posterior al primer trueque, el Descubrimiento se convirtió para Colón en la hazaña épica del vellocino de oro: "no me quiero detener por calar y andar muchas Islas para fallar oro […] Verdad es que fallando adonde haya oro ó especería en cantidad me deterné fasta que yo haya dello cuanto pudiere; y por esto no hago sino andar para ver de topar en ello" (1962: 57 y 65). En otras palabras, la empresa incipiente radicaría en la extracción de minerales y metales preciosos que satisficieran las empresas y deudas económicas de Colón y Vespucio con las Coronas de Castilla y Portugal, respectivamente, así como las ambiciones individuales. Las intenciones privadas y siniestras de estos en relación con el oro, otros metales y minerales los lleva en reiteradas ocasiones a activar la hipérbole como el recurso retórico propicio para escuchar, leer y articular la subyugadora realidad americana: "los indios le decian que tenian mucho oro, y de algunas que tenian mas [sic] oro que tierra" (Colón, 1962: 148). Se puede considerar la áurea búsqueda y explotación, en efecto, como el aprovechamiento[14] o la mostración de la naturaleza humana más allá de toda moral, religión y actitud humanista de las *civilizadas* metrópolis europeas.

Más que una representación icónica sobre el oro u otro metal, en el mapa de Münster (véase figura 33) se aprecia un anuncio de que en Veragua (Nicaragua y Costa Rica entre 1502 y 1537) existen intactas cantidades invaluables de oro, pues es allí y en otras islas donde este metal *nace* en abundancia. Lo demuestran así los ornamentos dorados que usaban los indígenas, sus utensilios cotidianos: "hay tanta cantidad [de oro] que lo cogen y ciernen como con cedazos, y lo funden y hacen vergas y mil labores" (Colón, 1962: 140). Por estas voces, Münster escribe en su mapa: "Paria abunda auro et margaritas". Acota Colón (1962) sobre el motivo: "Partió de allí para *Cuba*, porque por las señas que los indios le daban de la grandeza y del oro y perlas della pensaba que era ella, conviene á saber *Cipango*" (72); "Vido por la playa muchas otras piedras de color de hierro, y otras decian algunos que eran de minas de plata, todas las cuales trae el rio" (102); "hay otra isla grande [Jamaica] en que hay muy mayor cantidad de oro que en esta [isla Juana], en tanto grado que cogian los pedazos mayores que habas, y en la Isla Española se cogian los pedazos de oro de las minas como granos de trigo" (175); además:

> Respondan, si saben, adonde es el sitio de Veragua. Digo que no pueden dar otra razón ni cuenta, salvo que fueron a unas tierras adonde hay mucho oro, y certificarle […] yo vide en esta tierra de Veragua mayor señal de oro en dos días primeros que en la Española en cuatro años. (2002: 199 y 201)

> sin duda es en estas tierras grandísimas sumas de oro, que no sin causa dicen estos indios que yo traigo, que ha en estas islas lugares adonde cavan el oro y lo traen al pescuezo á las orejas y á los brazos é á las piernas, y son manillas muy gruesas, y también ha piedras y ha perlas preciosas y infinita especería […] sin duda ha grandísima cantidad de almáciga, y mayor si mayor se quiere hacer, porque los mismos árboles plantándolos prenden de ligero y ha muchos y muy grandes. (1962: 88)

[14] "El oro, las piedras preciosas, las joyas y demás cosas de esta clase, que acá en Europa reputamos por riquezas, no las estiman en nada, antes bien las desprecian de todo punto y no hacen diligencia ninguna por tenerlas." (Vespucio 1923: 37-39)

ISSN: 1594-378X

¿Cómo olvidar las especias de las Indias? Ellas también fueron razón significativa y motivadora para la búsqueda de nuevas rutas comerciales hacia Oriente. Cuando Colón descubre que los indígenas conocen la canela, casi comprueba haber cumplido sus propósitos de viaje. Agréguese que también topa con hierbas, frutas y plantas nuevas, verbigracia el aloe[15] y el maíz, sobre las cuales se interesa, inclusive en términos medicinales[16]. Algunos de los mapas y alegorías en estudio (véanse figuras 18, 19, 37, 47 y 49) están adornados en los bordes con imágenes referentes a indios (blancos o morenos) con maíz o especias en sus manos, o bien frutos exóticos de llamativos colores y texturas. El paisaje americano no resulta únicamente exótico a la vista de los metales, los minerales, el agua, su relieve, pobladores, frescura y ensoñación de los lugares; el *salvajismo* y la belleza juntos, sino también en cuanto al sabor: el gusto de lo desconocido igualmente atrajo a las lenguas que discurrirían más tarde hasta convertir el ámbito americano en un espacio de múltiples realizaciones, conquistas simbólicas y utopías, donde el sabor dulce de las frutas —el cual llegaba a impregnar el aire— les recuerda la fertilidad de la tierra, a medida que estimula sensualmente su sensorialidad y los incita a embriagarse perceptiva y hedónicamente de lo paradisíaco: "Dice que halló árboles y frutas de muy maravilloso sabor […por eso…] los aires [están] sabrosos y dulces de toda la noche ni frio ni caliente" (Colón, 1962: 75). Agréguese sobre las especias: "Estaban todos los árboles verdes y llenos de fruta, y las yerbas todas floridas y muy altas […] Vieron muchos almácigos y linaloe, y algodonales" (Colón, 1962: 129 y 130), "[encontramos] árboles infinitos de canela y otros muchísimos que producen cierta especie de láminas" (Vespucio, 1923: 111); igualmente:

> Despues de vuelto vino á él Martin Alonso Pinzon con dos pedazos de canela, y dijo que un portugues que tenia en su navío habia visto á un indio que traia dos manojos della muy grandes […] Decia mas, que aquel indio traía unas cosas bermejas como nueces. El Contramaestre de la Pinta dijo que habia hallado árboles de canela. Fue el Almirante luego allá y halló que no eran. Mostró el Almirante á unos indios de allí canela y pimienta, parece que de la que llevaba de Castilla para muestra, y conosciéronla diz que, y dijeron por señas que cerca de allí habia mucho de aquello al camino del Sueste. (Colón, 1962: 81)

> Estas tierras son muy fértiles: ellos las tienen llenas de mames, que son como zanahorias, que tienen sabor de castañas […] y mucho algodon, el cual no siembran y tienen faxones[17] y favas muy diversas de las que en todo tiempo lo haya para coger porque ví los cogujos abiertos, y otros que se abrian y flores todo en un árbol, y otras mil maneras de frutas que me no es posible escribir, y todo debe ser cosa provechosa […] y habas muy diversas de las nuestras, eso mismo panizo. (Colón, 1962: 82 y 85)

> y asimismo debe de ser de ello de maíz, que es una simiente que hace una espiga como una mazorca, de que llevé yo allá y hay ya mucho en Castilla, y parece que aquel que lo tenía mejor lo traía por mayor excelencia y lo daba en gran precio. Los hombres todos estaban juntos a un cabo de la casa y las mujeres en otro (Colón, 2002: 178)

[15] "Aquí cognoscí del liñaloe, y mañana he determinado de hacer traer á la nao diez quintales, porque me dicen que vale mucho." (Colón, 1962: 67)
[16] "y aun creo que ha en ellas muchas yerbas y muchos árboles, que valen mucho en España para tinturas y para medicina de especería, mas yo no los cognozco, de que llevo grande pena." (Colón, 1962: 64)
[17] Quizá se refería a los frijoles o judías.

ISSN: 1594-378X

Con todo lo susodicho, se va conformando una visión épica, sobrenatural, terrorífica y fascinante del Nuevo Mundo. Sin embargo, sobre América recae también el pensamiento medieval respecto de los confines de la Tierra. Por eso, en las palabras de ambos almirantes, a pesar de ser este un período de exploración racional y científica, se tensan las voces crédulas sobre el Paraíso, el cual situase en una zona templada al final de Oriente[18]: "estas tierras que agora nuevamente he descubierto, en que tengo sentado en el ánima que allí es el Paraíso Terrenal" (Colón, 2002: 189); "si el paraíso terrestre en alguna parte de la tierra está, estimo que no estará lejos de aquellos países" (Vespucio, 1985: 64).

La representación plana del mapamundi de Schedel (véase figura 11) ejemplifica el pensamiento medieval sobre el modelo terrestre en forma de pera, cuyo ombligo —en la parte superior— correspondía a Jerusalén, la Tierra Santa (véanse figuras 4 y 7):

> me puse a tener esto del mundo, y fallé que no era redondo en la forma que escriben; salvo que es de la forma de una pera que sea toda muy redonda, salvo allí donde tiene el pezón, que allí tiene más alto, o como quien tiene una pelota muy redonda y en un lugar de ella fuese como una teta de mujer allí puesta, y que esta parte de este pezón sea la más alta e más propinca al cielo y sea debajo la línea equinocial y en esta mar océana en fin del Oriente […] es en este hemisferio adonde caen las Indias e la mar océana, y el extremo de ello es debajo la línea equinocial, y ayuda mucho a esto que sea ansí, porque el Sol, cuando Nuestro Señor lo hizo, fue en el primer punto de Oriente o la primera luz que fue aquí en Oriente, allí donde es el extremo de la altura de este mundo. (Colón, 2002: 181-182 y 183)

Colón evidencia haber considerado este modelo para su interpretación del mundo y, por consiguiente, para su lectura sobre las tierras descubiertas. Uno de los rasgos sobre los cuales se fundamentó fue el exceso de aguas dulces de estas tierras, pues:

> La Sacra Escriptura testifica que Nuestro Señor hizo al Paraíso Terrenal y en él puso el árbol de la vida, y de él sale una fuente de donde resultan en este mundo cuatro ríos principales: Ganges en India, Tigris y Éufrates en [...] los cuales apartan la sierra y hacen la Mesopotamia y van a tener en Persia, y el Nilo que nace en Etiopía y va en la mar en Alejandría […] Grandes indicios son éstos del Paraíso Terrenal, porque el sitio es conforme a la opinión de estos santos e sanos teólogos, y asimismo las señales son muy conformes, que yo jamás leí no oí que tanta cantidad de agua dulce fuese así dentro e vecina con la salada; y en ello ayuda asimismo la suavísima temperancia. Y si de allí del Paraíso no sale, parece aún mayor maravilla, porque no creo que se sepa en el mundo de río tan grande y tan fondo. (Colón, 2002: 184 y 185)

En definitiva, una vez que Colón descubre las Indias occidentales y tales voces se reflejan en los mapas, se comienza a ubicar el Paraíso en latitudes más hacia el norte (Norteamérica y Centroamérica actualmente). Por ello, se observa que el verdor de los bosques, la claridad de los ríos, la riqueza de los metales, las especias y las frutas, los peces, los indígenas *dispuestos* al catolicismo[19], "sin mal ni de guerra: desnudos todos hombres y mugeres como

[18] Manifiesta Colón: "Crean vuestras Altezas que es esta tierra la mejor é mas fertil, y temperada, y llana, y buena que haya en el mundo. […] Concluyendo dice el Almirante, que bien dijeron los sacros teólogos y los sabios filósofos, quel Paraiso terrenal está en el fin de Oriente, porque es lugar temperadísimo. Así que aquellas tierras que agora él habia descubierto, es (dice él) el fin del Oriente" (1962: 63 y 211).

[19] Expone el Almirante al respecto: "porque yo ví é cognozco […] questa gente no tiene secta ninguna, ni son idólatras, salvo muy mansos, y sin que sea mal, ni matar á otros, ni prender, y sin armas, y tan temerosos que á una persona de los nuestros fuyen ciento dellos, aunque burlen con ellos, y credulos y cognoscedores que hay Dios en

ISSN: 1594-378X

sus madres los parió" (Colón, 1962: 86) —quienes por no haber cometido aún pecado alguno permanecen en el Edén desnudos; ¡esta era una prueba más!— se ubican al norte, en la tierra tan prometida por el cristianismo.

En los márgenes decadentes de la *pera* de Schedel se encuentra el Paraíso; pero también allí existen, indescriptibles, violentos y monstruosos, los antípodas. A estas criaturas, por sus deformidades, se les atribuye el grado de destructores o aniquiladores. Desde el imaginario colectivo medieval, ellos deben estar alejados de la civilización, pues su presencia inspira conductas *demoníacas*. Colón describirá en varias oportunidades la presencia de estos seres en las nuevas tierras, ya que se guiaba con el mapamundi de Behaim, en el cual, como se dijo antes, se incluían islas mitológicas, en las cuales habitaban cinocéfalos, cíclopes, orejones, sirenas, entre otros (véanse las figuras 5, 6, 11 y 43). Todo este discurso complementaría la visión del Paraíso, pues arrastra una carga ideológica occidental mitológica y fantástica despectiva sobre las Indias occidentales, las nuevas tierras del final del mundo opuestas a la ecúmene.

Cuando se refiere a los habitantes de la isla Bohio, basado en los comentarios de los indígenas que lleva a bordo, Colón (1962) dice: "Entendió tambien que lejos de allí habia hombres de un ojo, y otros con hocicos de perros, que comian los hombres, y que en tomando uno lo degollaban y le bebian su sangre, y le cortaban su natura" (82); "habia en ella gente que tenia un ojo en la frente" (99); "despues que le vieron tomar la vuelta de esta tierra no podian hablar temiendo que los habian de comer, y no les podia quitar el temor, y decian que no tenian sino un ojo y cara de perro, y creia el Almirante que mentían" (104); "cuando el Almirante iba al Rio del Oro, dijo que vido tres serenas que salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan, que en alguna manera tenian forma de hombre en la cara" (178).

Vespucio nunca menciona en sus textos referencia alguna sobre los antípodas, pero sí se rastrean varios signos ideológicos que permiten una refracción del fenómeno antípodas; descripciones que a la luz de lo ominoso se interpretarían como rasgos propios de estos seres mitológicos. Por ejemplo, revísese el modo como se expresa sobre las perforaciones corporales, la bestialidad de los guerreros, lo espantoso y deforme de algunos animales, y la fisonomía y proporciones de los americanos, vistas desde el diálogo con la estética europea.

Entre todos los antípodas, el pie grande tomó mayor relevancia en América. Vespucio bautiza a la raza propia de la zona chaco-pampeana como: patagones, hombres de altura y corpulencia extremas, quienes cautivaron, intimidaron y asustaron por su exotismo y atributos a los navegantes y los cosmógrafos europeos en general. Considérese la proporción, por ejemplo, del hombre arrodillado en la parte inferior izquierda del *Atlas* de Miller, en relación con los otros de la misma imagen (véase figura 22); o bien las representaciones en los mapas de Agnese o Mercator (véanse figuras 27, 28, 39 y 40). Al respecto dice Vespucio:

> caminando por la playa advertimos ciertas huellas de pies grandísimos, por las cuales conjeturamos que si los demás miembros correspondían a los pies, debían de ser muy grandes los habitantes […] hallamos cinco mujeres, dos viejas y tres jóvenes, todas las cuales eran de tanta estatura que nos causó grande admiración […] Todas ellas eran de estatura mayor que la de un hombre muy alto […] he aquí que comienzan a entrar en la casa como unos 36 hombres, más altos que aquellas mujeres, y tan gallardos y apuestos, que daba gusto verlos […] A esta isla, por la gran talla de sus habitadores, la llamamos de los Gigantes. (1923: 87-91)

el cielo é firmes que nosotros habemos venido del cielo, y muy presto á cualquiera oracion que nos les digamos que digan y hacen el señal de la cruz. † Así que deben vuestras Altezas determinarse á los hacer cristianos, que creo que si comienzan, en poco tiempo acabará de los haber convertido á nuestra Santa Fe" (Colón, 1962: 87-88).

ISSN: 1594-378X

4. DESDE LOS NUEVOS RETRATOS DE AMÉRICA

Después del diálogo discursivo textual de Colón, Vespucio y la cosmografía europea medieval y de los siglos XV-XVI, se concluye:

a) Los textos cartográficos inscriben de manera lenta e ideológicamente refractada ante un espectador y sujeto cultural europeo espacios americanos y características d*el* estilo de vida de los autóctonos de la *novae insulae*, de modo que apoyan un discurso ficcional que se asume como empírico y, por ende, legitima relecturas de lecturas colonizadoras y deshumanizadoras de los indoamericanos.

b) Los signos ideológicos no son gratuitos ni mera ornamentación en el esbozo y acabado de los textos cartográficos: obedecen a su contexto y a un discurso sociocultural logocéntrico; por ello, deben leerse desde el nivel de la dialogía colonial y (des)colonizadora donde se producen en tanto ideologemas, con tal de trazar las coordenadas de representación simbólica de las realidades históricas del Nuevo Mundo, descritas en este caso por Colón y Vespucio, pero procedentes en parte de la Edad Media.

c) El símil en los textos de Colón y Vespucio es la figura lógica predominantemente utilizada para fijar las realidades americanas *leídas*. Por eso, su uso retórico certifica *la* exposición creíble de los hechos, ambientes, biodiversidad, personajes, costumbres y usos, al tiempo que propone la base para una lectura palimpséstica *fiel* del sujeto cultural europeo que nunca visitó el nuevo continente y que fácilmente asumió la lectura ideológica verbalizada por los navegantes.

d) La fascinación y el miedo ante este nuevo *otro radical* o antípoda se expresa en figuras ominosas: monstruos, caníbales, Paraíso, el fin del mundo; todas siempre vistas y enunciadas con un carácter épico e hiperbólico, que provoca en el receptor europeo la confirmación de mitos medievales y, por tanto, la construcción de América como un lugar antagónicamente significativo, ya que en este el *hombre civilizado* puede verse amenazado o desaparecer, o bien volverse un *héroe* como los *conquistadores* y alcanzar así reconocimiento social. Mediante esta fascinación o terror, América estimula, pues, que cartógrafos e ilustradores europeos retransmitan algunos deseos colonizadores, como el de destruir para *civilizar*, adquirir *heroísmo* o reconocimiento social, alcanzar la propia *salvación espiritual* o la del *otro*, según los intereses políticos, económicos e individuales que permitieran las próximas oleadas de europeos hacia América.

e) La descripción de ríos, vientos, accidentes geográficos y bosques contribuyen al interés, por un lado, de esclarecer nuevas rutas comerciales, de navegación o zonas de acceso a las nuevas islas-continente; mientras, por otro, se convierten en datos cosmográficos que los geólogos e ilustradores europeos utilizaron como material significativo, que enfrentarán a otras voces a la hora de representar las nuevas realidades *verosímiles*.

f) Tanto los mapas cartográficos como el *Diario de navegación* y las cartas de viajes y documentos de Vespucio constituyen programadores de lectura, instrumentos formales, racionales y literarios, en donde el discurso logocéntrico europeo predomina y acentúa el ámbito ficcional americano, aunque este último comienza rápida y fuertemente a desarticular a aquel, a tenderle trampas, pues incita a la composición de un nuevo lenguaje pragmático, simbólico y literario para referirse textual, pictórica y culturalmente al *Mundus Novus*. Por eso, a pesar del lenguaje hegemónico, con la *novae insulae* nace una *novae linguae*, donde los significantes se encuentran en una constante dinámica y esfuerzo por (des)colonia-

ISSN: 1594-378X

lizarse y (de)construir retratos, imaginarios míticos, cotidianos, dialógicos y literarios americanos.

Bibliografía

AMORETTI, María (1996) "La intertextualidad: un ensayo metacrítico", *Revista Filología y Lingüística,* 22, 2 (julio-diciembre), 7-14.

----- (1992) *Diccionario de términos asociados en teoría literaria*, San José, Universidad de Costa Rica.

ARCINIEGAS, Germán (1955) *Amerigo y el Nuevo Mundo*, México, Hermes.

BALAVOINE, Claudie (2009) "Au-dessous / au-dessus de la plaine marine: dichotomie symbolique dans l'imaginaire de l'emblématique espagnole (1581-1640)", en F. Delpech, *L'imaginaire des espaces aquatiques en Espagne et au Portugal*, París, Presses Sorbonne Nouvelle, 65-97.

BAJTÍN, Mijaíl (1992) *El marxismo y la filosofía del lenguaje: Los principales problemas del método sociológico en la ciencia del lenguaje*, Madrid, Alianza.

----- (1994) *El método formal en los estudios literarios: Introducción crítica a una poética sociológica*, Madrid, Alianza.

CALDERÓN DE CUERVO, Elena (2002) *El discurso del Nuevo Mundo*, Buenos Aires, Nueva Hispanidad.

CHEVALIER, Jean y Alain GHEERBRANT (1988) *Diccionario de los símbolos*, Barcelona, Herder.

COLÓN, Cristóbal (1493) *La carta de Colón anunciando el descubrimiento*, http://www.ensayistas.org/antologia/XV/colon/ (02/12/2013)

----- (1962) *Diario de navegación*, Cuba, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO.

----- (2002) *Los cuatro viajes del almirante y su testamento*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel Cervantes, http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/los-cuatro-viajes-del-almirante-y-su-testamento--0/html/ff83a3be-82b1-11df-acc7-002185ce6064_3.ht ml#I_5_ (17/04/2013)

DURÁN, Juan (1979) "Nuevo Mundo y realidad, realidad y fantasía", en *Creación y Utopía: Letras de Hispanoamérica*, Heredia, EUNA, 11-21.

FONSECA, Vannesa (1997) "América es nombre de mujer", en *Revista Reflexiones*, 53 (mayo), 1-19.

GRANADOS, Carlos y José BEDOYA (1998) *Costa Rica en el mundo de los mapas*, San José, Fundación Museos del Banco Central de Costa Rica.

KRISTEVA, Julia (1969) *Semiotikè. Recherches pour une sémanalyse*, París, Seuil.

----- (1978) *Semiótica*, Madrid, Fundamentos.

LOZANO, Jorge, Cristina PEÑA-MARÍN y Gonzalo ABRIL (1982) *Análisis del discurso. Hacia una semiótica de la interacción textual*, Madrid, Cátedra.

MACROBIO (1952) *Comentario al sueño de Escipión de Cicerón*, Nueva York, Universidad de Columbia.

MANDEVILLE, Juan (2009) *Libro de las maravillas del mundo*, http://biblioteca-ntologica.org/wp-content/uploads/2009/09/MANDAVILA-Libro-de-las-maravilla-del-mundo.pdf (21/11/2012)

MARTÍNEZ, José (2001) *La intertextualidad literaria. Base teórica y práctica textual*, Madrid, Cátedra.

MONTANARO, Óscar (1988) "La intertextualidad y su evolución conceptual", *Filología y Lingüística*, 14 (1), 11-17.

MONTAÑA, Carlos (2005) "Orbis terrarum. El círculo de la Tierra", http://www.arqweb.com/vitrum/orbis.asp (15/04/2013)

MUSEO NAVAL (s.f.) "10 piezas clave: La carta universal de Juan de la Cosa", http://www.armada.mde.es/ArmadaPortal/ShowPropertyServlet?nodePath=/BEA%20Repository/Desktops/Portal/ArmadaEspannola/Pages/ciencia_museo/02_museo-museo-naval/03_coleccion/01_10_piezas_clave/01_10_piezas_clave_es/arc_01_carta-universal_juan_de_la_cosa (02/12/2013)

PASTOR, Beatriz (1983) *El discurso narrativo de la conquista de América*, Cuba, Casa de las Américas.

POLO, Marco (2008) *Libro de las maravillas del mundo*, Madrid, Cátedra.

RAISZ, Erwin (1974) *Cartografía*, Barcelona, Omega.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2001) *Diccionario de la lengua española*, de http://www.rae.es/rae.html (11/04/2012)

ROA DE LA CARRERA, Cristián (2002) "El Nuevo Mundo como problema de conocimiento: Américo Vespucio y el discurso geográfico del siglo XVI", *Hispanic Review*, otoño, 70 (4), 557-580.

SARDUY, Severo (1977) "El barroco y el neobarroco", en C. Fernández, *América Latina en su literatura*, México, Siglo veintiuno, 167-184.

TODOROV, Tzvetan (1981) *Le principe Dialogique*, París, Seuil.

VESPUCIO, Américo (1923) *Viajes de Américo Vespucio*, Madrid, Calpe.

----- (s.f.) "El Mundo Nuevo, Carta de Américo Vespucio a Lorenzo Pedro de Médicis", http://www.bibliotecasvirtuales.com/biblioteca/literaturadelaconquista/AmericoVespucio.asp

----- (1985) *El Nuevo Mundo. Viajes y documentos completos*, Madrid, Akal.

VIGNOLO, Paolo (s.f.) "Nuevo Mundo: ¿un mundo al revés? Las antípodas en el imaginario del Renacimiento", http://www.academia.edu/560763/Nuevo_Mundo_un_mundo_al_reves_Las_antipodas_en_el_imaginario_del_Renacimiento

ISSN: 1594-378X